

María-Dolores Albiac Blanco

# Félix de Azara



Equipo 

*Dirección:*

Guillermo Fatás y Manuel Silva

*Coordinación:*

M<sup>a</sup> Sancho Menjón

*Redacción:*

Álvaro Capalvo, M<sup>a</sup> Sancho Menjón, Ricardo Centellas  
José Francisco Ruiz

Publicación nº 80-83 de la  
Caja de Ahorros de la Inmaculada de Aragón

Texto: María-Dolores Albiac Blanco

Ilustraciones: Archivo CAI, Diputación General de Aragón (de la exposición *El conde de Aranda*), Ibercaja, Museo de América, Archivo General de Indias, Museo Etnográfico de Asunción (Paraguay), Museo de Huesca, Servicio Geográfico del Ejército, Museo Naval de Madrid, Museo Marítimo de Barcelona, Patrimonio Nacional, O. Baulny, J. L. Capalvo y J. F. Ruiz

I.S.B.N.: 84-95306-64-6

Depósito Legal: Z. 2397-00

Diseño: VERSUS Estudio Gráfico

Impresión: Edelvives Talleres Gráficos

Certificados ISO 9002



# ÍNDICE



AL CABO DE DOS SIGLOS	5
LA CASONA DE BARBUÑALES	9
“PERIPATO” Y CIENCIA EMPÍRICA	14
LA GUERRA Y LA PAZ	19
El hombre sin pan	19
Los Amigos del País	23
<i>PLUS ULTRA</i>	27
PROA AL VIENTO	36
ALZANDO MAPAS	39
RENUNCIAS Y NOSTALGIAS	45
EL HOMBRE, ESE SER INCOMPRESIBLE	49
LA SELVA SIN CAMINOS	54
ANOTACIONES ETNOLÓGICAS	60
<i>Modus vivendi, modus moriendi</i>	60
El imperio en perspectiva	66
<i>AD MAIOREM DEI GLORIAM</i>	69
TRABAJOS DE COLONIZACIÓN	72
AVES, CUADRÚPEDOS Y OTRAS ANIMALIAS	79
Buffon, Azara, Darwin	83
¡EUROPA, EUROPA!	85
RELACIÓN DE LAS OBRAS IMPRESAS DE FÉLIX DE AZARA	91
Selección bibliográfica	92

*Para María,  
que sabe mucho de animalias  
y también de distancias*

## AL CABO DE DOS SIGLOS



**E**n el año de 1800, último del siglo XVIII, don Félix de Azara y Perera libraba al Real Erario de pagar enormes sumas a pobladores de la zona patagónica por el alquiler de sus casas, porque durante años no se les había construido dónde vivir. Azara erigió, en la cabeceira del río Ibicuí, el poblado de San Gabriel de Batoví y otros en las riberas de su afluente, el Santa María. Allí se instalaron quienes no se avinieron a trasladarse a los emplazamientos previstos en la frontera con Brasil, que era la zona que a España le interesaba que se habitase para garantizar la estabilidad del territorio lindante con la América portuguesa. Para entonces, Azara llevaba diecinueve años en aquel continente sirviendo al rey y esperando, en vano, a los miembros portugueses de la Comisión de Límites que debía determinar los puntos exactos por los que discurría la frontera entre los dominios de España y los de Portugal; Azara llevaba diecinueve años enfrentándose a las eternas querellas entre cultivadores y ganaderos y a los obstáculos que oponían a su misión grandes terratenientes y altos funcionarios españoles corrompidos. Eran diecinueve años estudiando el terreno en que vivía y donde las circunstancias le impidieron realizar el cometido para el que el rey Carlos III le nombró. Azara observaba a las gentes de los territorios que visitaba, sus costumbres, su flora y

fauna, su geografía y, de paso, tomaba nota de los hábitos —no siempre edificantes— de los europeos allí afincados. Hace ahora doscientos años, en España ya reinaba Carlos IV y la estancia americana de Azara tocaba a su fin; dentro de un año pisaría de nuevo la Península. Casi vencida aquella etapa, éste es el juicio que le merece al virrey de Buenos Aires, marqués de Avilés, quien encarga una comisión al ilustrado:

«La divina Providencia [...] me proporcionó al señor don Félix de Azara, capitán de navío de la Real Armada, primer comisario de la tercera partida de demarcación de la frontera del Paraguay [...], sujeto en quien había advertido un modo de pensar muy puro y cristiano, acompañado de un verdadero amor patrio; de cuyos estímulos animado, tomó gustosamente esta comisión sin más interés que el de manifestar su fidelidad al Rey y dedicación al bien común, como buen patricio; incomodándose y haciendo los gastos de viaje, y de su mantención [sic], y subalternos, por países des poblados».

Éste es el perfil del hombre de bien: rectitud, moralidad, paz interior, patriotismo, desprendimiento y diligencia; son las virtudes que trasparecen en el gesto y rostro del cuadro que le pintó Goya en 1805: el sosiego de la inteligente mirada, el reposo y equilibrio que emanan de la figura de Azara son los del hombre que conoció el desdén y la prepotencia de poderosos ignorantes y sufrió soledad, calumnias y persecuciones, unas veces por obra del desti-



Félix de Azara y Perera, por Goya, 1805 (iberCaja). La fauna disecada que aparece en segundo plano fue pintada a partir de los dibujos del propio Azara

no, las más por causa de las envidias y corrupción de administradores públicos desleales, de usurpadores y esclavistas. Pero vayamos por partes.

Parece un lugar común repetir que los ilustrados del siglo XVIII se propusieron poner por obra el ideal renacentista de exaltación de la naturaleza, el estudio científico del mundo físico y moral en que vivían y la difusión de las ideas de humanismo, sociabilidad y tolerancia. Nuestros hombres de bien lo hicieron como pudieron y supieron, luchando con un ambiente reaccionario y hostil a las novedades, donde la simple mención de lo extranjero ya sonaba a antipatriótico e irreligioso, u olía, llanamente, a herejía.

En este siglo, Aragón tuvo en su territorio y exportó fuera de sus fronteras —quizá en mayor proporción que en ninguna otra época de su historia— políticos, intelectuales, técnicos, artistas, toreros, mecenas, militares, nobles ilustrados, nobles tronados, arqueólogos, bibliófilos, editores, músicos, eclesiásticos, y mujeres literatas; en este siglo, digo, llamado “el siglo de oro de Aragón”, nació don Félix de Azara y Perera.



## LA CASONA DE BARBUÑALES



**B**arbuñales, la villa oscense en que nació Félix de Azara, se halla en una zona del Somontano de Barbastro que fue cuna de nobles y ricoshombres de Aragón. A pocos kilómetros está Siétamo, lugar de los Abarca de Bolea, y, no lejos, Azara y Azlor dan nombre a ilustres dinastías del reino, como la de los duques de Villahermosa.

Los primeros Azara de quienes se tiene noticia en el siglo XII vivían en el Alto Aragón y el somontano pirenaico; su nombre aparece relacionado con acontecimientos políticos, militares o religiosos desde Jaca al eje Huesca-Barbastro. Ignoramos cuándo se asentó el linaje en Barbuñales pero la casona familiar —entre mansión y granja señorial— puede ser del siglo XVI. Las remodelaciones han conservado poco de su traza original, aunque la fachada de ladrillo mantiene los rasgos típicos del palacio aragonés: muros lisos, vanos de piedra, escudo sobre la puerta, rotundo alero. Gran parte del frontal se ve ocupado ahora por una enorme inscripción de azulejos en memoria de José Nicolás de Azara. La justicia de la devoción no acompañó a la estética.

Los Azara más conocidos nacieron y vivieron en el siglo XVIII. El padre, Alejandro de Azara y Loscertales, nació en



*Retrato de José Nicolás de Azara, por su amigo Antonio Rafael Mengs,  
1774 (Col. particular)*

Barbuñales en 1702; era señor de Barbuñales y de Lizara y barón de Pertusa, y casó con María Perera y Rivas en 1723. La tardanza en tener descendencia llevó a la esposa a ofrecer un cuadro votivo —hoy, en la casa familiar— y al cabo de cuatro años los señores de Azara veían asegurada su continuidad en la herencia del patrimonio.

En 1727 vino al mundo Eustaquio, que llegó a obispo de Barcelona. José Nicolás, el que más cargos y fama alcanzó en vida, nació en 1730. En 1733 vio la luz Mateo, luego auditor en la Real Audiencia de Barcelona. En 1736 nació Lorenzo, futuro profesor de la Universidad de Huesca y Deán de su Cabildo catedral. En 1739, los Azara tuvieron una hija, Mariana, quien tras su matrimonio con José Bardají engendró a Dionisio, que llegó a cardenal, a Eusebio, que fue ministro de Estado, y Anselmo, famoso marino. El 19 de mayo de 1742 nació Félix y en 1744, Francisco Antonio, el más pequeño y del que descienden los herederos de Azara.

La vida de esta familia de la pequeña nobleza rural transcurría con desahogo y sin ostentación; atendida por sus vasallos, se mantenía ajena a las añoranzas cortesanas. Los hijos recibieron la primera educación en la propia casa, con preceptores, como en cualquier familia hidalga, pero no pudieron convivir todos juntos, pues las diferencias de edad entre la numerosa prole y la necesidad de preparar a cada uno para los cargos a que por nacimiento podía aspi-



*Casa solariega de los Azara en Barbuñales (Foto: J. F. Ruiz)*

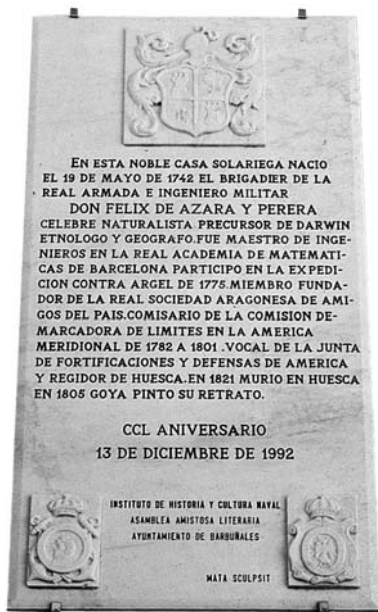
rar hicieron que los Azara fueran abandonando la casa conforme cumplían la edad de acudir a los centros de enseñanza elegidos. Algunos no llegaron a conocer a hermanos que nacerían tras dejar ellos la casa paterna. José Nicolás marchó a estudiar a Salamanca por las fechas del nacimiento de Félix. Los hermanos se encontraron mucho después, ya adultos, cuando la casualidad les hizo coincidir durante dos días en Barcelona. Andando el tiempo, en 1801, Félix recordaría aquellos años que las circunstancias familiares habían hurtado a la convivencia fraterna:

«Querido Nicolás: apenas hubimos nacido, cuando nuestros padres nos separaron. Durante el curso de nuestra vida no nos hemos visto más que durante el corto espacio de dos días, en Barcelona, donde yo te encontré como por azar».

En 1757 Félix estudia en la Universidad Sertoriana de Huesca —que la tradición creía fundada por Sertorio—, concretamente en el Colegio Menor de San Vicente, donde

era maestrescuela su tío el canónigo Mamés. En 1761, se decantó por las ciencias y la milicia.

No pudo ser cadete en la escuela de Segovia por tener más de dieciocho años. En 1764 se incorporó al Regimiento de Infantería “Galicia” y un año después marchó a Barcelona para estudiar matemáticas con Pedro Lucuze y completar su formación como ingeniero militar.



*Lápida en bomenaje a Félix de Azara en la casa familiar de Barbuñales (Foto: J. F. Ruiz)*

## “PERIPATO” Y CIENCIA EMPÍRICA



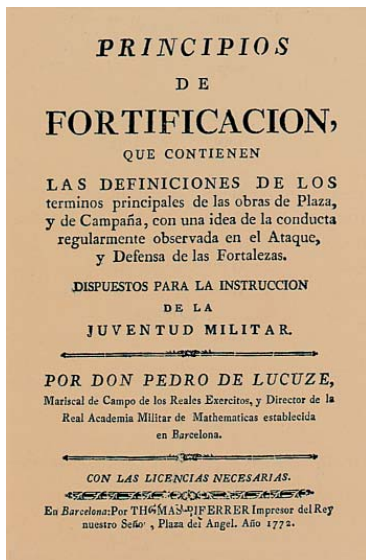
**E**n el siglo XVIII, la enseñanza era un privilegio reservado a muy pocos. Lo que se aprendía en la Universidad y en los Colegios, Mayores o Menores, era la vieja escolástica, la ciencia tomista o del *peripato*, llamada así en recuerdo de la forma “peripatética” (caminante) en que Aristóteles enseñaba en su jardín dedicado a Academo. El escolasticismo defendía acriticamente la “tradicción”, la *auctoritas* como principio demostrativo, el oscurantismo, el rechazo de las novedades y el desprecio a lo llegado del extranjero, y condenaba la moderna ciencia experimental. En la VI de las *Cartas Marruecas* de Cadalso, un escolástico desdeña de este modo los saberes de un reputado sabio extranjero: «Sí, en su país se aplican mucho a esas cosillas como matemáticas, lenguas orientales, física, derecho de gentes y otras semejantes».

El desdén hacia el empirismo, la filología, el derecho internacional o el iusnaturalismo retrata al reaccionario; lo grave es que ahí estaban quienes tenían el poder efectivo: Universidades, Colegios Mayores, buena parte de la Iglesia, la Inquisición y la casi totalidad del Consejo de Castilla (el consejo de ministros) hasta la llegada de Carlos III, en 1759. Los ilustrados aprendieron ciencia empírica, la superioridad de la razón sobre la superstición o el

instinto y los principios de la filosofía “de las Luces” (Luces de la Razón), al margen del aula, como afirma Feijoo, conversando con hombres sabios y progresistas en salones y tertulias, viajando y estudiando por el extranjero y leyendo libros, muchos de ellos prohibidos o sospechosos.

Félix de Azara opuso su vocación por la carrera militar —a la que sólo podían acceder nobles e hidalgos— a la elección paterna, proclive a los estudios humanísticos, que eran el portal de la alta administración, la toga y la diplomacia. Determinación e independencia son constantes en la vida de Félix. Concluyó en dos años el programa de tres y en 1767 obtuvo el grado de subteniente de Infantería e Ingeniero delinador de los ejércitos nacionales, plazas y fronteras.

A mediados del siglo XVIII, los únicos centros que ofrecían enseñanzas técnicas modernas y científicas eran los



*Portada de los Principios de Fortificación de Pedro de Lucuze, con quien estudió Azara en la Academia de Matemáticas de Barcelona*

militares, pues no en vano en ellos se formaban los encargados de construir fortificaciones, levantar mapas, navegar, realizar mediciones del terreno o defender la patria. Necesitaban saber, entre otras ciencias, geología, geografía, astronomía, geometría y matemáticas, para que no se desmoronaran las defensas, las mediciones orográficas fueran exactas y los proyectiles no cayeran sobre sus mismas filas... En las sociedades patrióticas que se crearon en la segunda mitad del siglo, los militares figuraban entre los miembros más cultos y progresistas.

Durante los años de formación de don Félix, graves acontecimientos suceden en el país. Uno de ellos divide en dos partes el siglo y fue causa de que el Gobierno decidiera —con todas las cautelas del caso— institucionalizar una serie de reformas ilustradas para garantizar mejores condiciones de vida a la mayoría de los españoles, evitar el peligroso descontento de los gobernados y las subsiguientes algaradas. El origen es la crisis de subsistencias que en 1766 pone en evidencia, de una parte, la falta de previsión de los políticos que no han tomado disposiciones para evitar el hambre y la especulación de los acaparadores en caso de escasez de productos de primera necesidad; de otra, que el masivo éxodo de gente del campo ha creado en las grandes ciudades bolsas de pobreza y marginalidad, prestas a estallar en momentos de conflicto; y, asimismo, que el clero y la nobleza reaccionarios, los contrarios a las reformas ilustradas, utilizaron la cólera del



desabastecido y hambriento pueblo para encauzarla contra las ideas reformistas.

La excusa que hizo estallar el levantamiento fue una disposición del ministro Esquilache (Leopoldo Gregorio, marqués de Squilace), un inteligente italiano llegado con el séquito de Carlos III desde Nápoles, quien, para evitar la impunidad de los delincuentes y garantizar la seguridad ciudadana, dictó el famoso bando que prohibía ocultarse bajo los sombreros de ala ancha y embozarse con las capas largas. El recorte de sombreros y capas y la colocación de iluminación en las esquinas fueron esgrimidos por los enemigos de las Luces como un ataque a las “tradiciones españolas” y al “traje de nuestros abuelos”. De paso, culparon a las reformas ilustradas y a los ministros extranjeros de ser causa de todos los males de la nación. Grupos de sopistas (estudiantones, vagabundos y mendigos alimentados por la caridad privada) y gentes protegidas por los grandes clérigos y nobles capitanearon las “preparadas” y controladas protestas de los motines, que provocaron la caída de Esquilache y la huida de la familia real a Aranjuez. Para atajar los desmanes y reconducir la situación, Carlos III nombró presidente del Consejo de Castilla a un paisano y amigo de los Azara, don Pedro Pablo Abarca de Bolea, conde de Aranda.

El nuevo Consejo de Castilla organizó reformas para paliar la miseria, aumentar la representatividad popular en

los Ayuntamientos, mejorar las relaciones con los gobernados y evitar nuevas protestas. A partir de 1766, se proyectó una mejor relación con América y se incrementó el patrocinio de expediciones científicas: las de José Celestino Mutis, Ruiz y Pabón, Cervantes, Sessé, Mociño o Malaspina. El Consejo preparó también, con eficacia y sigilo, la causa contra la Compañía de Jesús, acusándola —entre otros graves cargos— de instigar los motines y conspirar contra la Corona. Los jesuitas, sin el favor del rey, malquistos por casi todos los ilustrados, por la mayor parte de las

órdenes regulares y del clero secular, fueron expulsados de España, con permiso papal, en 1767, año en que Félix terminaba sus estudios.



*El Conde de Aranda, presidente del Consejo de Castilla y amigo personal de los hermanos Azara*

# LA GUERRA Y LA PAZ



## EL HOMBRE SIN PAN

**E**l ingeniero militar trabajó en las fortificaciones de Figueras; en 1769, en los proyectos hidrológicos que dirigía Pedro Cemeño para los ríos Oñar, Tajuña, Henares y Jarama, y llevó la reconstrucción de las maltrechas fortificaciones de Mallorca, atacada por los ingleses y testigo de las luchas por la conquista de Italia. Regular las cuencas fluviales, garantizar la correcta utilización del agua —de riego y de consumo— y procurar la seguridad del territorio eran objetivos muy importantes en el programa ilustrado a los que Azara atendió, con seriedad y eficacia, gracias a la sólida modernidad de su formación. En 1774 es nombrado Maestro de Estudios de Ingenieros en Barcelona, ciudad que, agradecida por sus trabajos, le erigió una estatua en el Parque de la Ciudadela. En esta época conoció a su hermano José Nicolás, quien, tras su formación como jurista en el Colegio Mayor de San Salvador de Salamanca, había sido “covachuelista” (funcionario de bajo rango) en la Secretaría de Estado (Ministerio de Exteriores) y, en carrera ascendente, había llegado a ser Agente General del Rey en Roma, en la Agencia de Preces, en 1765; estaba condecorado con la Cruz de Caballero de la Orden de Carlos III por sus servicios, en especial por los presta-

dos a José Moñino durante la embajada de éste en Roma para obtener del papa la extinción de la Compañía de Jesús. El éxito de la comisión valió al golilla (funcionario civil no perteneciente a la nobleza) murciano Moñino la concesión del condado de Floridablanca. José Nicolás, furibundo antijesuita, lucró un permiso entre 1774 y 1776, durante el cual, y por espacio de dos días, los desconocidos hermanos pudieron encontrarse. Félix tenía 32 años y José Nicolás, 44.

La vida del país se debate en el enfrentamiento desigual entre reacción y modernización, y su política exterior tampoco ha alcanzado ese punto de razón que lleva a plantear las querellas sólo en mesas de conversación y a resolver las reivindicaciones mediante tratados. El derecho de gentes —*ius gentium*— es una ciencia que interesa a los ilustrados humanistas, pero no siempre halla eco en las antecámaras palaciegas. El belicista ambiente castigó a don Félix cuando, en 1775, España declara la guerra a Argelia y se da el mando de las operaciones al general O'Reilly, un irlandés al servicio de España que no cometió sino desastres. Azara, que prestó sus servicios de ingeniero militar en la calamitosa contienda, recibió un balazo y fue dado por muerto. Lo salvaron la decisión del marino que le extrajo, con su cuchillo, el proyectil que le había herido, y la protección del aragonés Conde de Fuentes, quien, habiéndolo reconocido, lo trasladó a la Península en su barco. O'Reilly —llamado, por éste y otros descalabros, “el gene-

ral Desastre”— fue responsable del fracaso de la guerra y de las enormes bajas sufridas por su ejército. «Todos dicen que hemos quedado sin gente, sin dinero y sin honra», escribe Finestres desde la Universidad de Cervera. La ira popular saltó en pasquines, letrillas satíricas y coplas de denuncia:

*O'Reilly es un gran soldado,  
O'Reilly es gran capitán;  
con todos estos dictados,  
O'Reilly se debe aborcar.*



*Fortificaciones de Barcelona en el siglo XVIII. En la Ciudadela barcelonesa ejerció Azara como Maestro de Estudios de Ingenieros (Museo Naval de Madrid)*



*Plano del puerto y fortificaciones de Argel, adonde acudió Azara como ingeniero militar en 1775, en la desastrosa campaña que dirigió el general O'Reilly (Servicio Geográfico del Ejército)*

Don Félix perdió un tercio de costilla y la herida, que se infectó e hizo temer largo tiempo por su vida, tardó cinco años en cicatrizar; mucho tiempo después, aún se le abría. La fortaleza y salud de que siempre disfrutó Azara fueron sus mejores aliadas en cuantas empresas y dificultades vivió; lo cierto es que, salvo este accidente, el único padecimiento que tuvo fueron unas molestias digestivas que resolvió del modo que él mismo cuenta en carta de

4 de agosto de 1806 al aracnólogo Walckenaer (editor, en 1809, de sus *Voyages dans l'Amérique Méridionale*, que no se tradujeron al español hasta 1923):

«He comido pan, sin gran afición por él, hasta la edad aproximada de veinticinco años. Pero habiendo experimentado en aquellos últimos años una dificultad en la digestión que me dejaba el cuerpo en un estado de pesadez e incomodidad diariamente después de comer, consulté con un hábil médico de Madrid. Este doctor pensó que la causa de mi indisposición podía provenir del pan y me aconsejó hacer la prueba de la privación de este alimento. Lo ejecuté y bien pronto desaparecieron mis molestias, hasta tal punto que no he sufrido desde entonces ninguna enfermedad [...]. Nada reemplaza la falta del pan en mi manera de vivir. Observo que soy un poco más inclinado a las legumbres y al pescado que a la carne».

La sobriedad de sus hábitos y su régimen alimentario le ayudaron a sobrellevar las dietas a base de vegetales y carne asada de los años americanos.

## **LOS AMIGOS DEL PAÍS**

En 1776 Félix padece con la herida argelina, pero hay hechos que dulcifican su situación y le aportan esperanza e ilusiones en el ámbito profesional, como el nombramiento de capitán de Infantería e Ingeniero Extraordinario, que premiaba su actuación en la pasada guerra. Otro suceso de

importancia, esta vez de orden intelectual, es la creación en Zaragoza de una sociedad patriótica, del tipo de las que se han fundado ya en Madrid y otras capitales, a imitación de la Bascongada, que dirige el Conde de Peñaflorida. Pedro Rodríguez de Campomanes las reclamaba en su *Discurso sobre el fomento de la industria popular*, de 1774, y sus objetivos debían ser colaborar con el Gobierno en la difusión de las ideas ilustradas y promover los estudios, adelantos y mejoras de las regiones en que se radicaban. Con ese espíritu de progreso y colaboración cívica se dio cita un grupo de prohombres aragoneses: el obispo Palomeque y Lezo, el Duque de Híjar, el de Villahermosa, el Marqués de Lazán, Ramón de Pignatelli y su hermano el Conde de Fuentes, el de Fuenclara, el de Ricla, el de Aranda (ausente en su Embajada de París, pero a través de un representante), el propio Félix de Azara, algunos burgueses como Martín de Garay, miembros del clero secular y del regular y representantes del Ayuntamiento.

Azara colaboró con aquella institución que aceptaba a hombres y mujeres y tenía entre sus fines difundir el gusto por la lectura de libros útiles, antiguos y modernos, o multiplicar las ocasiones de conversar y reflexionar sobre adelantos o descubrimientos y asuntos de interés público; que estudiaba las posibilidades de mejora de la región, propagaba conocimientos provechosos entre los artesanos, creaba escuelas de primeras letras, hilado, tejido, pelaires, encajeras o dibujo, entre otras, y costeaba herramien-



tas para el trabajo y la enseñanza: tornos, ruelas, modelos de vaciados en yeso, aparatos de óptica, autómatas, etc.

En la Real Sociedad Económica Aragonesa de Amigos del País, donde se ingresaba por cooptación, ni todos eran ilustrados, ni todos los que lo eran coincidían en sus objetivos. Las discrepancias no siempre oponían a socios reaccionarios con socios ilustrados —por decirlo rápidamente—, pues el juego de intereses era más sutil y la tendencia a inclinarse por una u otra opción tenía mucho que ver con los intereses de los grupos sociales.



*A la Real Sociedad Económica Aragonesa de Amigos del País perteneció, hasta su muerte, Don Félix*

En la Económica hubo situaciones en las que nobles ilustrados mostraron su rechazo a las opiniones de sus pares conservadores, pero cuando lo que se arriesgaba era la supervivencia de sistemas sociales sobre los que descansaba la estructura del Antiguo Régimen, los grupos que tenían en éste su razón de ser, como la nobleza, cerraban estamentalmente filas en su autodefensa.



## PLUS ULTRA



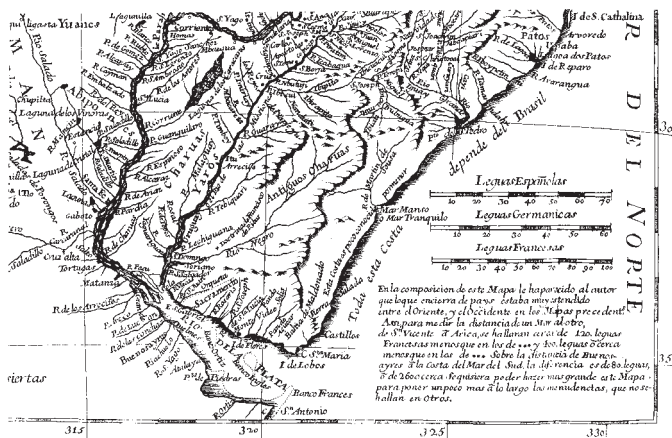
**E**ste emblema que Luigi Marliani ideó para el emperador Carlos remite, desde las columnas de Hércules del escudo de España, a la existencia de una tierra más allá del océano de los Atlantes, del *Mare Tenebrosum*. Esta tierra inicialmente se llamó las Indias porque Colón creía haber llegado a la costa oriental de Asia, pero en tiempos de Azara ya era conocida con el patronímico del famoso navegante italiano Américo Vespucio. Desde 1492, la conquista y posesión del Nuevo Mundo fue origen de disputa y enfrentamiento entre la Corona española y la portuguesa, rivales por el dominio de nuevos territorios. Sucesivas bulas pontificias fueron señalando límites, medidos en meridianos, para separar las fronteras entre las áreas que debían corresponder a una y otra. La bula más conocida, la de Alejandro VI, concedía a España las tierras situadas al Oeste de un determinado meridiano, y a Portugal las del Este, pero había que establecer con exactitud el lugar geográfico por el que discurría el tal meridiano. En las sesiones del Tratado de Tordesillas, de 1494, se desplazó la línea delimitadora hacia el Oeste. La firma del Tratado por España y Portugal no zanjó los pleitos pues, además de que las partes no cumplieron sus cláusulas, el resto de las potencias europeas, ávidas de lucrarse en el reparto, no fue tenido en consideración; tampoco se

paró mientes en que la Tierra es redonda y, por lo tanto, el meridiano propuesto la circunda, dándole una vuelta completa, lo cual dificulta gravemente la tarea de señalar cuáles son y dónde están “las tierras al Oeste” y “las tierras al Este” a lo largo de ese meridiano.

Y mientras los emisarios portugueses conversaban en Tordesillas para que su circunscripción abarcara la mayor extensión posible, gentes de diferentes países llegadas a las costas del actual Brasil iniciaban la conquista de amplias zonas del interior para Portugal. Eran los *bandeirantes* quienes, agrupados en compañías o banderas, partían con sus mujeres, hijos y rebaños en busca de espacios donde asentarse; entre ellos no faltaban prófugos de diversas justicias. El territorio de los *bandeirantes*, simultáneamente conquistado y colonizado, quedaba asegurado y garantizados su mantenimiento y defensa. Otro motor de la economía portuguesa fue la explotación sistemática de las minas de oro y de diamantes.

España, por el contrario, conquistó mucho más de lo que pobló, dejando yermos los territorios nominalmente incorporados a la Corona, sin defensores y a merced de nuevos dominadores. Muchas de sus fundaciones fueron flor de un día. Los libros que leía el conquistador —narraciones de caballerías, romances, leyendas épicas y fábulas medievales— crearon en su ánimo el imaginario de mitos que hablaban de la existencia de tierras fantásticas pobla-

das por seres desconocidos, de lugares de fortuna o mágicos, a cuyo descubrimiento partía en interminables y arduos recorridos, desdeñando la posesión de los humildes campos de labor y de sus pastos; él iba en pos de Trapalandia, Eldorado, de la tierra de las amazonas, de lugares para la aventura y el heroísmo, de parajes de oro y plata que, parcialmente, creyó encontrar en México o Perú. Este comportamiento, unido a la incultura y al mal equipamiento de los colonos, permitió a los portugueses hacerse con buena parte de la tierra adjudicada a España, lo que explica la inmensidad de Brasil, y el hecho de que penetre en



La región del Río de la Plata, según mapa del siglo XVIII levantado por los jesuitas

forma de cuña por buena parte de lo que debió ser territorio de sus competidores en América del Sur.

La parte española estaba poco poblada en tiempos de Azara. Hacia 1810, el espacio que ahora ocupa Argentina contaba con 400.000 habitantes. Olivier Baulny escribe que, por esta causa, los viajes se hacían en caravanas y transportando muchos víveres. Las “reducciones” jesuíticas, con su sistema comunitario de trabajo y de agrupamiento y concentración poblacional a que se refiere su nombre, constituían, en la zona del Paraguay, el único ejemplo de ocupación eficaz, si bien su rentabilidad fue siempre menguada. Para complicar más la cuestión, las misiones jesuíticas se hallaban asentadas en una zona reivindicada por Portugal, que ocupaba la Colonia de Sacramento en el estuario del Río de la Plata, frente a Buenos Aires. Allí había comerciantes portugueses e ingleses que vivían del contrabando y del tráfico de esclavos negros e indios, en ocasiones con la complicidad de autoridades españolas. Ese centro de contrabando inglés, la proximidad portuguesa a la frontera con los dominios españoles y las aspiraciones de Portugal sobre los territorios del Plata inquietaban en Madrid.

Como menudeaban los conflictos, un nuevo tratado, en 1750, cedió a España la pleiteada Colonia de Sacramento pero, a cambio, debían pasar a Portugal muchas tierras al Oeste del meridiano de Tordesillas, gran parte del territorio

de las reducciones de los jesuitas en el actual Paraguay, amplias extensiones de la cuenca amazónica y los cursos altos de los ríos Paraná y Uruguay. No es ocioso recordar que, cuando se firmó este desigual tratado, la esposa del rey Fernando VI, María Bárbara de Braganza, era portuguesa. El pacto no era fácil de aplicar por la dificultad de situar en un terreno concreto de América los extremos del acuerdo europeo; también, por el rechazo que las concesiones españolas inspiraron al ministro Ensenada (a cuyas espaldas lo negociaron Azavedo Coutinho y Carvajal) y, de manera especial, por la oposición de jesuitas e indios a dejar sus tierras en manos portuguesas y abandonar las misiones. Esta resistencia conmovió a Europa.

Aquellos indios, muchos cristianizados, acogidos hasta 1750 a la protección de la Compañía de Jesús y de la Corona española, al pasar a poder portugués ya podían ser capturados y reducidos a esclavitud, pues esta práctica sí era legal en Portugal. Las sublevaciones de indios cristianos de 1753 y



*Mapa de las misiones jesuíticas de Moxos y Chiquitos, por Miguel Blanco y Crespo (1769)*

1756 fueron rudamente reprimidas por tropas españolas y portuguesas, en acción combinada. La creciente demanda de mano de obra esclava para trabajar en las haciendas de la zona del Virreinato del Plata hacía insuficiente el tráfico humano aportado desde África por ingleses y holandeses, principalmente, de modo que las poblaciones indias que vivían en el nuevo territorio portugués pasaron a ser blanco de los cazadores de hombres.

Aquella sociedad multirracial y pluriétnica era claramente piramidal, por más que el mestizaje fuera un hecho habitual. La Corona española lo bendijo, fiel al espíritu evangélico y a un hecho innegable que Azara explica bien: «Los conquistadores no habían llevado mujeres de Europa y tenían necesidad de ellas [...], los mestizos que resulta-



De español y mulata, morisco, por Cabrera, hacia 1750 (Museo de América)



ban eran considerados como españoles. Pero a pesar de esta relajación, inevitable en una soldadesca altanera y vigorosa [...], los españoles conservaron su religión, y cuando entendieron el idioma de los indios les dieron con la mejor voluntad una idea del cristianismo». Esta instrucción era mínima y tendía a procurarse mano de obra y criados fieles. A pesar de ser numéricamente superior la población mestiza a la blanca, era ésta la que tenía el poder. Los individuos nacidos del cruce de los tres tipos principales (blanco, indio y negro) configuraban una compleja estructura dividida en castas y jerarquías cuyas denominaciones indicaban la clase y el grado de mezcla de cada cual. Había mestizo, mulato, zambo, tercerón, cuarterón, quinterón, octavón, morisco, castizo, chino, lobo, jíbaro, calpanmulata, albarrazado, ambujo, barcino, puchuel, etc. Lo corriente era simplificar: *moreno*, para el negro y *pardo*, para el mulato.

Y seguía el problema de las fronteras, por más tratados que se firgaran en la Península: ni los portugueses abandonaban el territorio rioplatense, ni las zonas ocupadas por las misiones jesuíticas pasaban a manos portuguesas. Como no había catastros fiables en las fundaciones de origen europeo, los funcionarios ignoraban hasta dónde llegaba su autoridad, ni sobre qué territorios y pobladores debían ejercerla; además, el campo —en América como en Europa— no cesaba de enviar emigrantes a las ciudades: Buenos Aires duplicaba sus habitantes cada veinticinco

años, cosa que desesperaba al secretario del Consulado de la ciudad, Belgrano, empeñado en instalar colonos que garantizaran una homogeneidad poblacional y una correcta explotación de la tierra con cultivos y pastos. Tamaña falta de orden y gobierno en la América española inquietaba, con razón, a la metrópoli.

La política de los Borbones se caracterizó por su idea centralizadora del poder y su buena administración; con la llegada de Carlos III al trono de España, en 1759, se acentuó la preocupación por llevar al día las cuestiones de la gobernación del reino. El nuevo monarca, rutinario y celoso de su poder y de sus privilegios, quiso aclarar los límites reales de las posesiones americanas, pero el soberano designio tropezaba con el desorden colonial, la hostilidad portuguesa y la resistencia de infieles administradores españoles, que se lucraban con los negocios de sus vecinos gracias a aquel estado de descontrol. El cuadro se completa recordando que Portugal es nación tradicionalmente aliada a Inglaterra y que los intereses de ambas coronas en América rivalizaban con los de España y Francia.

Con el tiempo la situación se envenenó, y el problema de la fijación de límites, el de la Colonia de Sacramento, el cálculo expansionista inglés en América y los compromisos derivados de la europea guerra de los Siete Años (1756-1763) llevaron a Inglaterra a declarar la guerra a España el 2 de enero de 1762. El 18 del mismo mes, Carlos III

devuelve la declaración y ataca lo que tiene más cerca, Portugal, que no en vano es aliada de los ingleses. La España de entonces ya no tiene una reina portuguesa y no se anda con las contemplaciones de otrora. La contienda —mal llevada por Sarriá y O'Reilly— la termina, *en tablas*, el Conde de Aranda en febrero de 1763. Ambos bandos se proclaman vencedores y celebran solemnes tedéum. Para evitar más sangrías humanas y del erario, se firman el Tratado de San Ildefonso, en 1777, y la Paz del Pardo, en 1778. El objetivo es que las partes se obliguen a fijar unas fronteras acordes con el dictamen del Tratado, a respetarlas y a establecer un mapa consensuado. Para llevar a cabo esta misión fue designado el ingeniero topógrafo militar Félix de Azara y Perera. Era el hombre ideal por su oficio, por su carácter equilibrado e incorruptible para terminar con el desorden y las trampas, y su origen nobiliario lo habilitaba para transmitir las órdenes de la metrópoli a las autoridades españolas, incluido el virrey, si era menester.



*Carlos III firma el Decreto de libre comercio con América, detalle del óleo de P. P. Montaña (Delegación del Gobierno, Barcelona)*

## PROA AL VIENTO



**F**élix era teniente coronel de Ingenieros en San Sebastián cuando recibió la orden de presentarse en Lisboa ante el embajador de España: «en la ciudad citada [dejé] mis libros y mi equipaje y partí a la mañana siguiente al romper el día», escribe. En la capital lusa embarcó rumbo a Buenos Aires, donde el virrey debía comunicar a los expedicionarios los detalles de la misión. España estaba en guerra contra Inglaterra apoyando a los insurrectos de las Trece Colonias de América del Norte, de modo que, para evitar el riesgo de viajar en un buque español, el trayecto se hizo en uno de Portugal, nación aliada de los ingleses. Componían la comisión que partió de Lisboa el 19 de enero de 1781 el capitán José Varela y Ulloa, don Félix y los tenientes de navío Rosendo Rico, Diego de Alvear, Martín Boneo y Juan Francisco de Aguirre; tres cirujanos, cuatro pilotos geógrafos, escoltas, un astrónomo, un maestro instrumentario, cuatro administradores de la Real Hacienda, tres ingenieros, pilotos y tres capellanes, además de la marinería.

Abrieron las órdenes en alta mar, “al pasar la Línea”, de acuerdo con las instrucciones recibidas, y se enteraron de que a don Félix, cuyos conocimientos de topógrafo eran imprescindibles para la empresa, se le concedía el grado

de capitán de fragata, porque el rey, según cuenta Azara en la Introducción a sus *Viajes por la América meridional*, «había juzgado conveniente que fuéramos todos oficiales de Marina». Era usual que los integrantes de las expediciones marítimas ignoraran, a la salida del puerto, su rumbo y hasta su destino y misión, con lo que se prevenían espionajes y filtraciones beneficiosas para otras potencias. Las cuestiones navales estuvieron desde antiguo sujetas a secreto militar, no en vano la costa “oculta” las baterías de defensa: no se hacían públicos ni los planos de los puertos, ni los mapas detallados, ni las derrotas de los navíos, ni las rutas habituales. Se conserva poco material cartográfico precisamente porque el secreto a que estuvo sometido lo condenó a los archivos más reservados o a la directa destrucción.

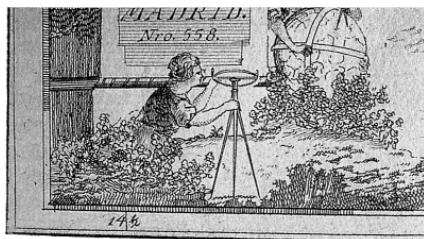


*Fragata de guerra. Modelo del siglo XVIII en madera, conservado en el Museo Marítimo de Barcelona*

Los espías que visitaban otros países solían presentarse como intelectuales aficionados al dibujo, y trababan relaciones de amistad con personas influyentes y de calidad, de modo que podían acceder a un cierto nivel de información sin que su presencia despertara sospechas. La

excusa de plasmar el paisaje, o los monumentos, era perfecta para copiar la ubicación y los pormenores de las fortificaciones, los accidentes de la costa o la situación de los puertos, retenes o baterías. El ilustrado y amante del dibujo Alexander Jardine, amigo y corresponsal de Jovellanos, era espía al servicio de Inglaterra.

Azara llegó a Río de Janeiro el 12 de marzo y a Montevideo el 13 de mayo de 1781. El virrey comunicó a los miembros de la expedición que debían establecer, «conjuntamente con los comisarios portugueses», los límites exactos



*Topógrafo realizando mediciones sobre el terreno, según ilustración de un mapa de la época*

de las posesiones de España y de Portugal en la zona de la América meridional, para adecuarlos a los acuerdos del Tratado preliminar de paz de 1777. La buena disposición de las autoridades portuguesas hacía presagiar que

la comisión lusa de demarcaciones se uniría pronto a los españoles para determinar esa frontera, en un territorio que, como explica Azara, iba «desde el mar, un poco más allá del Río de la Plata, hasta por bajo de la confluencia de los ríos Quaporé y Mamoré, desde donde se forma el Madera, que vierte en el Marañón», o Amazonas.

## ALZANDO MAPAS

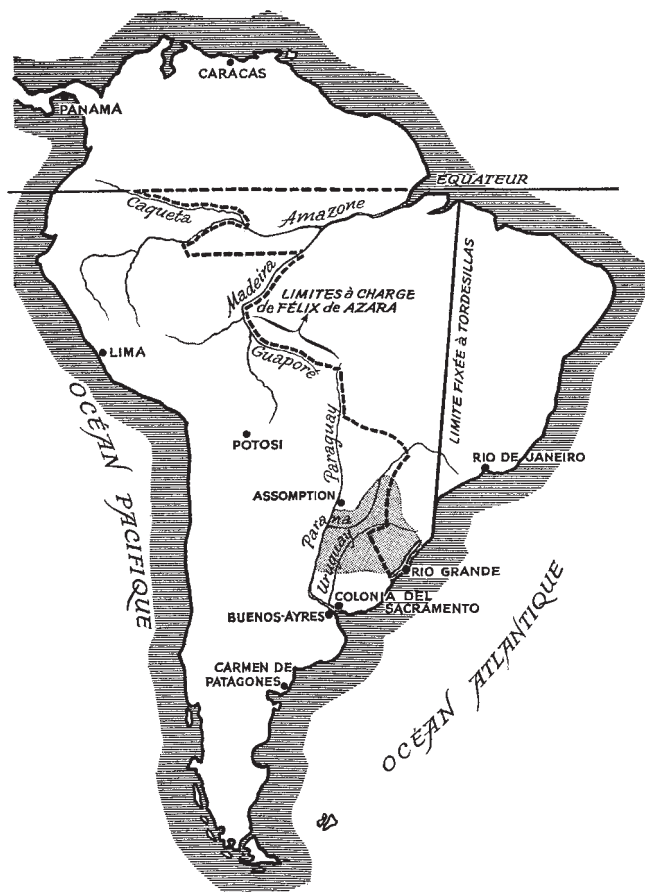


**F**élix de Azara viajó a Río Grande de San Pedro «para concertar con el general portugués los medios de comenzar y continuar nuestras operaciones», pero comprendió que los portugueses no se presentarían a cumplir su parte, para no fijar una frontera que frenaría su avance conquistador y les obligaría a retroceder y a devolver los territorios ocupados en suelo de España. Así lo explica don Félix:

«Veía que en lugar de trabajar para la fijación de los límites, no querían más que prolongar dicha operación hasta el infinito; por sus dilatorias consultas a la Corte y pretextos fútiles y ridículos para impedir la ejecución, pensé sacar el mejor partido posible del largo tiempo que me iban a proporcionar estos retardos».

Azara, condenado a la inacción, decide no perder de vista ni el tiempo ni su misión. Como escribe a Walckenaer, la verdadera dificultad que impide el cumplimiento del Tratado es el desconocimiento que España tiene de sus dominios:

«El interés de los portugueses de no determinar los límites de su territorio [...] es porque siempre que aquella nación no los encuentra bien fijados tiene por costumbre introducirse en el territorio del vecino cuanto puede [...]



*Delimitación fronteriza en que trabajó Azara, según Baulny; en trazo discontinuo, la nueva frontera con Portugal y en gris, la zona de las reducciones jesuíticas*



y una vez que ha tomado posesión de un país, sostiene que es una propiedad sin querer soltarlo. Este abuso proviene de que el gobierno español, que no tiene conocimiento del territorio de sus Américas, ha mirado siempre esta usurpación con indiferencia».

Para establecer el mapa exacto de las tierras encomendadas, Azara trabajó sin ayuda de las autoridades y, a veces, bajo sospecha, pero él se dispuso a

«[...] levantar la carta exacta de aquellas regiones, porque ésta era mi profesión y tenía los instrumentos necesarios. Por tanto nunca di un paso sin llevar conmigo dos buenos instrumentos de reflexión de Halley y un horizonte artificial. En cualquier parte que me encontrara observaba la latitud, aun en medio del campo, todos los días al mediodía y todas las noches, por medio del sol y de las estrellas. Tenía también una brújula con pínulas y con frecuencia verificaba la variación comparando su acimut con el que daban mis cálculos y la variación del sol».

La aversión de Azara al ocio y el deseo de ocuparse en cosas útiles, de cumplir su trabajo y de aprender, lo empujan a emprender esos viajes de exploración en secreto y sin dar cuenta a sus superiores, lo que le obliga a costear las empresas de su pecunio. El resultado es el trazado de los mapas más minuciosos y exactos realizados hasta entonces sobre la zona del Río de la Plata, Uruguay y Paraguay: una *Carta esférica o reducida de las provincias del Paraguay y Misiones Guaranís, con el distrito de Corrientes*,

que mide 123'5 x 77 cm. Lo que en un recuadro se advierte, aunque extenso, define todo un modo de trabajar:

«La dirigió, costéó, calculó e hizo voluntariamente el capitán de navío Dn. Félix *[sic]* de Azara, jefe de la 3<sup>a</sup> División de Demarcadores de Límites, que no queriendo defraudar a algunos que le han ayudado ni a la estimación que merece el mapa, hace saber: que el río Uruguay se ha dirigido *[sic]* por el de los Demarcadores del Tratado de 1750. Lo mismo dice del río Paraná hasta el pueblo de Corpus; desde éste a Corrientes lo ha puesto por la derrota que de su orden hicieron navegándolo Dn. Pedro Cerviño y Dn. Ignacio Pazos, aquél ingeniero y éste piloto de dicha 3<sup>a</sup> División de Demarcación. De Corrientes para el sur se ha dirigido el Paraná por la navegación que hizo el capitán de Fregata Dn. Juan Francisco Aguirre, jefe de la 4<sup>a</sup> División de Demarcadores; lo mismo se confiesa del río Paraguay desde Corrientes a la Asunción. De aquí para el N. se ha tenido presente el mapa de los Demarcadores de dicho tratado de 1750.

El río Curuguatí, y parte del Xexuy, voluntariamente y a sus expensas lo hizo Cerviño, quien de orden de dicho Azara situó a Concepción y Belén y halló las ruinas de cuatro pueblos, que él mismo, acompañado de dicho Pazos, buscó los datos que hacen la Carta del distrito de Corrientes. Y con el capitán de Fregata de la Armada Dn. Martín Boneo navegó e hizo la Carta del río Febycuari, también han acompañado en buena parte de

sus viajes a dicho Azara, el alférez de Navío Dn. Pablo Zizuv, y todos los referidos menos Boneo, ofreciéndose, a ello, y a trabajar [sic], con voluntad.

Las latitudes son australes; las longitudes son contadas desde la Asunción, que cae a 59 grados, 59 minutos y 56 segundos al Occidente de París».

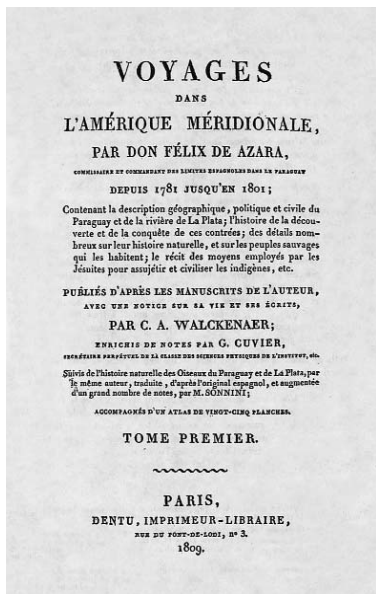
El mapa se acompaña de una “Explicación de la Ciudad de Asunción”, con plano de la misma y referencia, al pie, de los lugares y edificios señalados. El otro mapa es la *Carta plana de grande parte del Río Paraguay, que expresa sus inundaciones anuales, hecha por los demarcadores de límites españoles y lusitanos acordemente y con buenos instrumentos el año de 1753*; mide 88 x 56 cm. Asimismo alzó, entre otros, «los planos del Pueblo de Atirá, del Pueblo de Candelaria, del Pueblo de Concepción, del Pueblo de Sn. Ignacio-guazu [sic]».

Estos mapas y planos, y el documentadísimo informe manuscrito de 227 páginas que los acompaña, intitulado «Descripción histórica, phisica, política y geográfica de la provincia del Paraguay, escrita a instancia del Mre. Cabildo, justicia y regimiento de la ciudad de la Asunción por Dn. Félix de Azara, Capitán de navío de la Real Armada, Comisario principal de la 3ª división de demarcadores de límites entre España y el Brasil y ciudadano de los más distinguidos del Paraguay (Assumpcion, 9 de julio de 1793)», todavía hoy permanecen inéditos.

Los datos contenidos en la “Descripción” fueron tomados de las notas y apuntaciones que el ilustrado iba haciendo durante sus viajes y estancia en tierras americanas, de ahí que podamos establecer cotejos interesantes entre el contenido de este manuscrito y otras obras de Félix de Azara. En algunas de ellas, como en los *Viajes por la América meridional*, determinadas noticias aparecen abreviadas con respecto al manuscrito; otras partes, por el contrario, se amplían o se añaden y aparecen nombres modificados por causa de malas lecturas.

La geografía física y la humana le deben, además de mapas y planos, la determinación de que el Río de la Plata no es un mar interior y el fin de los mitos que hablaban de la existencia de islas que no son sino elevaciones del terreno que quedan “aisladas” en las temporadas de las grandes crecidas del río.

*Portada de libro de Azara Viajes por la América meridional, publicado en 1809; el libro se imprimió en castellano, por primera vez, en Montevideo en 1846*



## RENUNCIAS Y NOSTALGIAS



**M**ientras Félix “espera”, su hermano, José Nicolás, vive en la bulliciosa e imponente Roma, toma parte en las grandes cuestiones políticas italianas y europeas, despacha con el papa y los cardenales; se relaciona con los mejores artistas, intelectuales y eruditos que allí viajan o viven, protege al pintor Mengs; subvenciona ediciones de clásicos españoles y latinos con el impresor Bodoni, colecciona antigüedades o paga las excavaciones de villa Peretti y de Tívoli. Cuando en 1801 se publique en París la *Historia natural de los cuadrúpedos*, en la dedicatoria de esta obra a José Nicolás, Félix medita sobre las veleidades del destino con reveladores términos:

«Tú has vivido en el gran mundo, y por tus dignidades y por tus talentos, por tus obras y por tus virtudes, te has hecho célebre en España y en toda Europa; pero yo, sin haber jamás llegado a ningún empleo notable, sin haber tenido ocasión de darme a conocer ni de ti ni de otros, he pasado los veinte mejores años de mi vida en los confines de la tierra, olvidado de mis amigos, sin libros, sin ningún escrito razonable, continuamente ocupado en viajar por desiertos o en inmensos y espantosos bosques, casi sin ninguna sociedad más que la de las aves del aire, y los animales salvajes. He escrito su historia. Te la envío y te la dedico a fin de que ella pueda darme a conocer a ti y darte una idea de mis trabajos».



*Estatua de Azara en el Parque de la Ciutadella,  
en Barcelona*

La lúcida amargura de estas consideraciones evidencia que vivió la estancia americana con altibajos de frustración. El niño de la baja nobleza, tempranamente arrancado de los afectos de la vida familiar y cuyo hermano ha llegado a ser título romano —marqués de Nibbiano— y uno de los principales personajes de Europa, subraya el aislamiento en que tuvo que vivir y el empeño con que buscó, en las condiciones más adversas, una dedicación que lo hiciera

útil a su patria y respetado y admirado por la sociedad. El escrito proclama la desilusión del estudioso que no ve recompensados ni valorados sus esfuerzos; quiere lograr la admiración y el aprecio del hermano brillante y famoso y, de paso, apela a su influencia para que le ayude a dar a conocer la obra de su vida. Don Félix no pide afecto o compañía a José Nicolás; el afecto lo da por hecho y los muchos años pasados en “los confines de la tierra” le han

enseñado a convivir con el silencio y la soledad. Pide que se valore su trabajo intelectual. Lo más ácido del desahogo de este hombre es que tiene conciencia de su inteligencia, de la novedad y el mérito de su empeño, y le humilla tanto el temor de que éste se pierda como no recibir el tributo y la estima de sus contemporáneos.

Otro aspecto admirable de la carta-dedicatoria es la apreciación cuasi burguesa que de sí mismo tiene don Félix: mientras en José Nicolás celebra características propias del hidalgo —dignidades, talentos, virtudes—, de sí mismo lo que pondera son los “trabajos”. Es decir, lo que ha logrado por su esfuerzo, al margen de su nacimiento y de los nombramientos que vienen determinados por razones estamentales. Lo que le enorgullece de su libro es que no nació de ninguna asignatura estudiada, sino de las observaciones y reflexiones que él ha realizado directamente en la naturaleza y de los estudios que por sí ha emprendido durante sus investigaciones para com-



*Coche que pudo transportar los restos de José Nicolás desde París, conservado en la casa familiar de Barbuñales (de la Exposición «El Conde de Aranda», Diputación General de Aragón)*

probar sus conclusiones, porque, como declara, «en mis viajes he evitado siempre el juzgar por aproximación».

Félix de Azara se sabe capaz de realizar obras importantes; por eso lamenta que el rudo y oscuro deber impuesto —un deber que, por otra parte, nunca desatendió y al que sirvió con convicción patriótica— le impidiera realizar los sueños que un día albergara y alcanzar la nombradía que cree merecer. Se queja, sí, pero no da su empeño por perdido y, como Herodoto (y como proclama Diderot en el artículo “Enciclopedia” de la *Enciclopedia* francesa), este humanista ilustrado piensa que las obras útiles de los hombres deben ser conocidas por los demás, tanto para el común provecho como para que *no queden sin gloria*.

Su correspondencia no ha tenido el editor y estudioso que merecen las cartas que cruzó con los dirigentes políticos de la metrópoli, Floridablanca o Godoy, con las autoridades españolas en América, con su hermano José Nicolás, con los científicos europeos —entre los que destacan Walckenaer, que editó sus *Viajes por la América meridional*, Moreau-Saint-Méry, que tradujo los dos tomos de sus *Apuntamientos para la historia natural de los cuadrúpedos del Paraguay y del Río de la Plata*, y Sonnini, traductor de los tres volúmenes de su *Historia natural de los pájaros del Paraguay y del Río de la Plata*, y crítico de sus discrepancias con Buffon—, el editor Dentu, o Cuvier, que escribió las notas a los *Viajes*.



## EL HOMBRE, ESE SER INCOMPREENSIBLE



**A**zara no ha sido educado para la vida que tiene que llevar; se siente perplejo «en un país inmenso, que me parecía desconocido, ignorando casi siempre lo que pasaba en Europa, desprovisto de libros y de conversaciones agradables e instructivas, [donde] no podía apenas ocuparme más que de los objetos que me presentaba la Naturaleza. Me encontré, pues, casi forzado a observarla». Pero don Félix no sabía si sus observaciones habían sido ya hechas por otros estudiosos, desconocía los fundamentos de aquellas materias sobre las que iba tomando sistemática e incansablemente notas, haciendo mediciones y dibujos; y era consciente de que él no era un naturalista, no había estudiado botánica ni ornitología, y carecía de bases sobre zoología. Ignoraba los nombres científicos de animales y plantas, o las clasificaciones al uso. No tenía nociones acerca de los comportamientos colectivos de los hombres, ni del mundo de las creencias y las prácticas de los diversos pueblos que iba conociendo.

El humanista Azara justifica la inexactitud con la que va a tratar de los naturales de América afirmando que el ser humano es “incomprensible”. A pesar de lo cual considera que, pues «ésta es la parte principal y la más interesante en

la descripción de un país, daré aquí algunas observaciones que he hecho». Lo suyo es la representación fenomenológica, pues «no gusto de conjeturas, sino de hechos», lo que confirma su actitud de científico erudito; pero, como se verá, el erudito completa el trabajo llegando a historiador, e interpreta el dato escueto sacando interesantes conclusiones acerca de los pueblos que visita.

Don Félix, en los *Viajes*, habla de “indios salvajes” y del “hombre salvaje”, que es como se llama en el siglo XVIII a quien vive en la naturaleza y de sus recursos inmediatos. Entre las circunstancias que aumentan la “incomprensibili-



*Pulpería paraguaya de la época colonial, según grabado de A. Demersay*

dad” de ese hombre salvaje, una es que él no entiende la lengua de los indios, lo que dificulta la comunicación, y otra, que el estado de naturaleza añade un plus al hermetismo consustancial de las personas, porque el “salvaje”, como no escribe, habla poco; su lengua carece de expresiones abstractas, pues se limita a definir «lo que le imponen las pocas necesidades que experimenta», y, así, no hay resquicio para penetrar en los repliegues de su alma.

Esta observación lleva implícita una comparación con el sistema europeo. Mientras el indio, si tiene resuelto el abastecimiento alimentario, puede pasar el día pescando o tumbado en una hamaca sin ocuparse de nada más, el hombre en estado de civilización (por seguir la terminología de la época) acude a su lugar de trabajo, a prácticas religiosas, recibe y hace visitas y, en ciertos niveles, discute en un salón, café o tertulia, asiste a espectáculos y conferencias, discretea con damas, lee, escribe, reflexiona sobre la vida moral o política, se plantea problemas de derecho, de economía o de estética... y puede empeñar su propia libertad, y aun su vida, en la defensa de ideas y opiniones. Pero esta comparación entre el indio y el civilizado no se resuelve, en el caso de Azara, de manera negativa pues, ante la reducida actividad del indio, que se limita a ejecutar justo aquello que precisa para resolver su vida afectiva y material, don Félix no manifiesta menosprecio: él examina, toma nota de ese otro modo de pasar los días y comprende que tal sistema se adecua a sus necesidades.

Esta comprensión tolerante del ilustrado hacia otras formas de vida empieza y concluye *en y para* el indio, pues no lleva implícita la menor admiración, ni considera su posible superioridad. Azara cree que la vida en estado salvaje se compadece mal con la sociabilidad y con la vida de relación que preconiza la filosofía de las Luces. El hombre que se halla en estado de naturaleza, al expresar sus sentimientos y formular sus ideas con tan limitado léxico, es incapaz, según Azara, de lograr las cotas de precisión y hondura necesarias para la transmisión de saberes y la comunicación de experiencias y estados de conciencia. Este reducido lenguaje aparece como obstáculo que se opone al conocimiento del otro. Asimismo observa Azara que cuando el lenguaje es pobre en recursos, estorba también el desarrollo personal del individuo que se encuentra privado de un sistema lingüístico de mayor enjundia.

Cuando hablamos de tolerancia y de comprensión por parte de los ilustrados, debemos pensar que ese movimiento de aceptación sin condena de otra forma de ser implica buenas dosis de distancia. En el caso de don Félix, nos hallamos ante un europeo ilustrado que mira a su alrededor, consigna cuanto ve como curiosidad científica y no emite juicio moral, en la medida en que no se siente implicado.

La mayoría de los ilustrados proclamó —con mayor o menor virulencia— su preferencia por el hombre civiliza-

do ante el salvaje; sí se aceptaba la igualdad moral —y hasta, en ciertos casos, la superioridad— entre ambos, pero son contadísimos los intelectuales dispuestos a suscribir un mayor nivel social, cultural e intelectual en los pueblos salvajes.

Jean-Jacques Rousseau —desarrollando la línea que trazó Montaigne en *Sobre los caníbales*— era un firme convencido de esta superioridad del “buen salvaje” inocente frente a la corrupción de la decadente civilización europea; cuando envió a Voltaire un ejemplar de su *Discurso sobre el origen de la desigualdad*, la respuesta del autor de *Candide* no deja lugar a dudas: «Nadie había empleado tanta inteligencia en persuadirnos de que seamos estúpidos. Después de leer su libro, siento uno que debería andar a cuatro patas. Desdichadamente, es una costumbre que he perdido durante los últimos sesenta años».

## LA SELVA SIN CAMINOS



Azara viajaba con caballos domésticos, descendientes de los que Pedro de Mendoza soltó en aquella parte del continente americano en 1536. La mayoría se había hecho cimarrones, eran los *vagabundos*, y podían componer rebaños de diez mil cabezas que, en ocasiones, irrumpían entre el ganado llevándose consigo a campo abierto. La antigua práctica de soltar animales vivos en lugares precisos, mantenidos en secreto, permitía a los navegantes tener comida fresca en las costas deshabitadas y, así, evitar el escorbuto; el viajero podía alimentarse de sus reservas de caza, disponía de caballos, ovejas y vacas y, por su parte, la selva suministraba, entre sus productos, gallináceas, verdura y fruta en abundancia. Como observa Azara, el hombre sin caballo, tanto en la selva como en la pampa —donde la altura de las hierbas lo supera— está indefenso, de ahí la importancia de conservar este animal. En sus desplazamientos, Azara llevaba baratijas por si tenía que atraerse a los indios, alcohol, perros resistentes, los instrumentos de topógrafo, ya dichos, y poco equipaje. Al anochecer, los caballos pateaban el terreno donde se plantaba el campamento para ahuyentar a las serpientes y alimañas; se rodeaba de fogatas el perímetro para repeler a las fieras y se colocaban las monturas a prudente distancia para que avisaran de la llegada



*Rancho del Paraguay colonial. Aguada del jesuita F. Paucke, hacia 1750 (Museo Etnográfico de Asunción)*

de cualquier peligro. Azara y sus colaboradores dormían en chinchorros, suspendidos entre los árboles.

Aunque don Félix fue siempre hombre de costumbres morigeradas, ni era célibe ni se casó: en determinadas circunstancias buscó la compañía de mujeres que no fueran cristianas blancas; de entre las indias, siempre elegía a las de tez más clara.

Azara se propone desengañar acerca de las patrañas degradantes que se han contado sobre los indios y afirma que ha habido más imaginación que estudio en la mayoría

Batovi 13 de Febrero de 1801. C. N. 4.

13

Tuendo Lastarria: al fin me resolví a decir lo q' hace mucho tiempo que calló y mi juzgará el no que pueda tener. Entiendo yo en esas al que habian metido a S. E. en la cabeza que era fácil reducir a los indios Charruas y Minuanes, y formar un Pueblo de ellos. Tambien oí le habian persuadido que convenia formar algunos Pueblos recogiendo a muchos pobres y uniéndolos a formar poblacion. Si uní mi S. E. me tocaban la especie y yo no quise hablar por tres razones: la primera porque no gusto de entrometarme: la segunda porque tambien se decía que el reinia aquellas gentes era con el fin de que dexasen un grandísimo espacio que se quería dar al hermano de Almagro. La 3.ª porque no hallandome yo bien impuesto de lo local por aquella parte, no podia dáa toda la luz que era menester. Sin embargo conocia y tenia por un capricho de ordinario querer reducir los indios por aquel medio. Tambien creía y creía con casi imposible querer en forma Pueblo unido de españoles en el campo. En los dos principios son para mi evidencias; pero como me sueño engañar me encogí de hombros y dexé couer. No sé lo que ha habido de positivo en aquellas partes; y so, extraño mucho que la poblacion de aquellos lugares, mas inmediatos y sin comparacion preferibles a otros, baya tan despacio. Luego habia negocio particular y se quería que lo bueno y mejor recaiga entre favoritos. Cui



de cuanto se ha escrito. En sus *Viajes* no tiene contemplaciones con los pioneros, sean laicos o religiosos, cuando rebate sus obras: «Los conquistadores y los misioneros nunca pensaron en hacer una verdadera descripción de las diferentes naciones indias, sino sólo en realzar sus proezas y exagerar sus trabajos»; por eso, concluye, esos pioneros «han aumentado al infinito el número de indios y de naciones y los han hecho antropófagos»... Extraña fábula que Azara niega y declara que ningún pueblo indio guarda, siquiera, memoria de haber comido carne humana, «siendo, como son, tan libres ahora como a la primera llegada de los españoles». O, dicho de otro modo, si ahora no lo hacen no hay razón para que lo hicieran trescientos años antes, porque Azara piensa que la presencia del hombre europeo no ha influido en las costumbres de los indígenas, ni ha cumplido la menor función sociabilizadora o educadora que suponga “cambios”.

La afirmación de que estos indios son *libres* significa que no están sometidos a soberanía de ninguna clase, pues no cabe olvidar que don Félix visita y estudia unas zonas de América que los funcionarios y gobernantes desconocen, no han visitado, por lo que de ellas tienen vagas noticias transmitidas de forma acrítica desde la noche de los tiempos. La formal declaración legal de la soberanía institucional española y el principio de que cuantos viven en territorio de la América que queda bajo su dominio son vasallos del rey de España, ni ejercen ni han ejercido

influencia en la vida de los pueblos de la selva, que siguen su vida como siempre, ignorantes de tales sutilezas. La única modificación es que ahora los esclaviza el hombre blanco, que se depreda su hábitat natural y que, a veces, los visitan hombres raros que no hablan su idioma, que miden y anotan. No saben que son, formalmente, españoles: ellos son *guaraníes, charrúas, yaros, bobanes, chanás, pampas, minuanes, aucás, tupís*, etc.

Rechaza que los indios usen flechas envenenadas y explica estas generalizaciones porque ciertos escritores, habiendo detectado, en un momento dado, una práctica o costumbre de un grupo humano, la toman y dan por genérica sin más comprobación. Don Félix abomina de quienes escriben de los pobladores de América y sólo «por haber visto una media docena de indios en la costa, dan una descripción acaso más completa que la que podrían hacer de sí mismos».

Otra curiosa observación de Azara se refiere a las falsedades que se escriben sobre la religión de los indios:

«Los eclesiásticos han añadido otra diciendo que estos pueblos tenían una religión. Persuadidos de que es imposible vivir sin tener una, buena o mala, y viendo algunas figuras dibujadas o grabadas en las pipas, los arcos, los bastones y los cacharros de los indios, se figuraron al instante que eran sus ídolos y los quemaron. Estos pueblos emplean aún hoy las mismas figuras, pero no lo hacen más que por diversión, porque no tienen religión alguna».

Azara, un cristiano crítico heredero de la corriente erasmista, piensa que es perfectamente posible vivir sin creencias trascendentes, por lo que acusa de impulsivos y poco sutiles a los eclesiásticos que, sin mayor criba, identifican las figuras dibujadas en enseres domésticos o ropas con ídolos; así, cual nuevos iconoclastas, estos clérigos ignoros condenan al fuego tales imágenes. Es interesante que Azara las considere simples dibujos y comente que el indio realiza una actividad artística y lúdica en esas representaciones. Para don Félix sólo hay religión si existe un código de creencias de necesario cumplimiento y se da —como en las religiones positivas que él conoce— una serie de ritos comunitarios: rezos, gestos, obligaciones permanentes y periódicas, coerciones, etc. De sus comentarios podría concluirse que Azara distingue entre “creencias” y religión.

Por selvas, caminos y llanuras va tomando muestras, dibujos y notas sobre los vegetales y las pequeñas alimañas: escribe y analiza usos y propiedades de las plantas silvestres y de las cultivadas y no deja de estudiar con curiosa atención los múltiples y, a veces, peligrosos tipos de insectos que pululan por selvas y pantanos. Tampoco se olvida de anotar cómo son y cómo viven los sapos, culebras, víboras y lagartos con los que tantos días y noches comparte espacio. Pero, a pesar de la importancia e interés de sus notas botánicas, lo que fundamentalmente estudió Azara fueron las aves y los cuadrúpedos, como ha escrito Vicente Martínez Tejero.

# ANOTACIONES ETNOLÓGICAS



## *MODUS VIVENDI, MODUS MORIENDI*

Cuenta en sus *Viajes* que los *minuanes* (que mataron a Juan de Garay) son de talla semejante a los españoles, y su cuerpo, comparado con los *charrúas*,

«[...] es menos carnoso, su cara más triste, más sombría y menos espiritual; su carácter menos activo, menos orgulloso y menos entero [...]. Como ellos, no gritan ni se quejan nunca, y se les asemejan además por la igualdad, que no admiten clases ni jerarquías; por los vestidos, los muebles, la falta de adornos, la poca menstruación, los caballos, las armas, la manera de hacer la guerra, los casamientos, la falta de agricultura y por la manera de alimentarse y de embrocharse».

Sus mujeres tienen los senos más gruesos y para su primera menstruación se aplican pinturas; cuando muere el marido, la viuda

«[...] se corta una falange de un dedo [...] el extremo de su cabellera y el resto sirve para cubrirse la cara. Se tapan el seno con cualquier trozo de tela [...] y permanecen durante varios días ocultas en su choza. Las doncellas adultas hacen otro tanto, no a la muerte de su padre natural, sino del que las ha criado».

Los *charrúas* le llaman poderosamente la atención porque poseen «una lengua particular, diferente de todas las demás, y tan gutural que nuestro alfabeto no podría dar el sonido de las sílabas»; y aclara que «cuando diga que la lengua de una nación es diferente de la otra, debe entenderse que esta diferencia es al menos tan grande como entre el inglés o el alemán o el español». Pese a no ser un “gramático”, anota las características fonéticas y fonológicas de las hablas autóctonas, que aprendió a distinguir. Observa que los *charrúas* son algo más altos que los españoles, su oído es «muy superior al nuestro», tienen los dientes muy blancos y jamás se les caen. No se cortan el cabello, ellas lo llevan suelto y anudado ellos, no se pintan el cuerpo ni las mujeres usan adornos, sólo cuando tienen su primera regla se trazan por incisión unas rayas azules e indelebles desde la frente hasta el extremo de la nariz.

Azara no puede desprenderse de su cultura occidental; por eso manifiesta su asombro al comprobar que «el casamiento, este asunto tan grave y que se impone de un modo tan intenso por la Naturaleza, se concierta entre estos salvajes con tanta sangre fría como nosotros cuando se trata de un espectáculo cualquiera. Todo se reduce a pedir la hija a los padres y llevársela si éstos lo permiten». Nunca se quedan célibes, sólo el hombre practica la poligamia y, aunque ninguna ley lo condena, no existe el incesto; los dos sexos pueden divorciarse y se da el caso de que una o varias esposas abandonen a un varón cuan-

do una de ellas encuentra un hombre que la mantiene como esposa única. La educación brilla por su ausencia, ni enseñan ni prohíben nada a los hijos, de modo que «éstos no tienen respeto alguno a sus padres». En caso de orfandad, un pariente se ocupa de los niños. Viven en chozas formadas por tres o cuatro varas verdes, cuyos dos extremos curvados clavan en tierra y, echando sobre ellas una piel de vaca, disponen de «una casa suficiente para el marido, la mujer y algunos niños [...] se acuestan sobre una piel y duermen siempre sobre la espalda, como todos los indios salvajes»; no tienen sillas, mesas, bancos... La borrachera de aguardiente o chicha (hidromiel fermentada) es habitual entre ellos, pero las mujeres y los niños no beben. No padecen enfermedades venéreas y son más longevos que los españoles.

Los hombres van desnudos, excepto cuando hace frío; entonces se ponen un sombrero y algún poncho. No cultivan la tierra y se alimentan de carne de vacas salvajes que asan, sin poner sal, al espedo: «A cualquier hora que sea, el que tiene hambre coge uno de estos palos, lo coloca ante sí, y sentado sobre los talones come lo que le parece, sin prevenir a nadie ni decir una palabra». Esta faltade sociabilidad comensal choca a la educación europea de Azara.

Observa que los indios desperdician mucha carne de los ganados y explica que los rebaños salvajes, que inicialmente se multiplicaban con generosidad e iban ocupando

tierras por todo el país, vinieron a escasear debido al mal uso en el despiece y consumo y a que los empezaron a vender a los *araucanos*, a otros indios y hasta a presidentes de la Audiencia que se dedicaban a ese comercio. De ahí derivó la falta de ganado bovino en las regiones occidentales, pues los rebaños se dirigieron al Este, a tierras de los *pampas*, hecho que atrajo a esta zona a muchos pueblos indios de la cordillera y de la Patagonia. Los recién llegados, lejos de vivir en armonía con la oferta de la naturaleza, se dedicaron a tomar estas reses y muchos de los caballos de silla que poseían los *pampas*, para venderlos a los españoles de Chile, y «así acabaron de destruir el resto de las vacas salvajes».

A partir de esta explicación, ya se puede comprender el motivo de las sangrientas incursiones de los *pampas* y otros indios



*Dibujo de un indígena de la Patagonia, realizado por José del Pozo en 1790*

aliados que, desde mediados del siglo XVII, atacaban las fincas de Buenos Aires matando brutalmente a los adultos para robar ganado doméstico.

Nos cuenta que los *charrúas* carecen de juegos, bailes, canciones e instrumentos musicales, y que resuelven los pleitos personales a puñetazos, sin que haya muerte. Para la defensa cotidiana, se reúnen los jefes de familia cada anochecer y distribuyen las guardias. Disponen de caballos y yeguas y, por toda arma, algunos poseen una lanza de once pies (unos 3 m) comprada a los portugueses, otros tienen un carcaj con flechas cortas. Ante la inminencia de una guerra, los *charrúas* ocultan a las familias en el bosque; los exploradores avanzan tumbados sobre los lomos de sus caballos, dejando pacer a las bestias de tiempo en tiempo. Así disimulan y no son descubiertos. Azara asegura que estos indios, aún cuando no tengan intención de atacar, vigilan siempre a las tropas españolas «de modo que aunque no se vea un solo indio, el comandante debe suponer que se siguen todos sus pasos y que será infaliblemente atacado si no toma todas las precauciones necesarias». Según Azara, estos *charrúas* han derramado más sangre española que los ejércitos de los Incas y de Moctezuma, y actualmente, en que «nos hacen tan cruel guerra», son un pueblo de sólo cuatrocientos hombres en lucha.

Le interesan mucho los ritos funerarios. El muerto es enterrado en una colina con sus ropas, armas y pertenen-



cias, y ocasionalmente puede que sacrifiquen sobre su tumba a su caballo preferido. Familia y parientes lloran con mucho griterío y dolor y, si el fallecido es un padre, marido o hermano adulto, las hijas, hermanas o esposa se cortan una articulación de un dedo, empezando por el meñique. Azara asegura que «no he visto una sola mujer adulta que tuviese los dedos completos y que no llevara cicatrices de heridas de lanza».

Éstas también son secuelas del duelo, en el cual, y durante dos lunas, las mujeres se clavan el cuchillo o lanza del difunto en la parte superior del cuerpo, por brazos, costados y pecho, mientras lloran y ayunan apartadas en sus chozas. Los varones no hacen duelo por la mujer ni por los hijos, pero los adultos, a la muerte de su padre, semiayunan dos días en su choza tomando sólo carne o huevos de perdiz; por la noche acuden a que otro indio «les haga la siguiente operación»:

«[...] coge al paciente un gran pellizco en la carne del brazo y la atraviesa por distintas partes con pedazos de caña de un palmo de largo, de manera que los extremos salen por los dos lados [...] desde] el puño, y los otros [...] sobre toda la parte exterior del brazo, hasta el hombro y aún sobre él [...], estos pedazos de caña son [...] astillas cortantes de dos a cuatro líneas de ancho y cuyo grueso es igual por todas partes».

Así, lacerado, pasa la noche semienterrado en un hoyo del bosque y, tras quitarse las cañas, al día siguiente vuel-

ve, solo, a una choza donde durante dos jornadas descansa y ayuna. Los diez o doce días posteriores son de aislamiento: los niños de la tribu le llevan agua, huevos de perdiz o estas aves, los dejan a su alcance y se retiran corriendo, sin decir palabra. Quien no cumple estos ritos no recibe más sanción que ser considerado débil por sus vecinos.

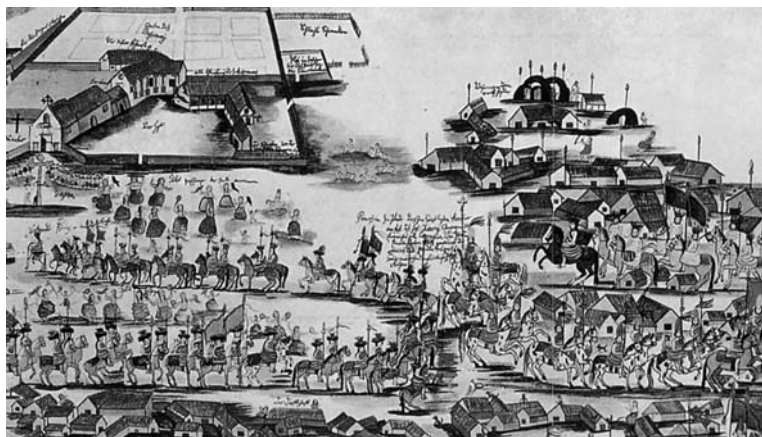
Azara cierra el largo capítulo sobre los *charrúas* con estas consideraciones:

«Los que creen que el hombre no obra nunca sin motivo y que pretenden descubrir la causa de todo podrán ejercer su curiosidad en buscar el origen de un duelo tan extravagante entre esta nación de indios».

## **EL IMPERIO EN PERSPECTIVA**

Azara estaba orgulloso de la gesta de su patria en América y de que España poseyera un vasto imperio: como una nueva Roma. No era anticolonialista, ni podía serlo. Como todos los ilustrados, estaba en contra del trato inhumano y condenaba la esclavitud, pero el anticolonialismo no acepta la idea de conquista y de soberanía sobre cualquier territorio, en la medida en que entraña explotación económica por parte de la metrópoli. Tales ideas no aparecen en textos escritos hasta entrado el siglo XIX, con la nueva concepción de las relaciones económicas de la ideología liberal burguesa. Pero a don Félix sí le repugna el abuso que los prepotentes infligen a sus semejantes.

Rechaza el llamado método *eclesiástico* de reducir (concentrar) a los indios para fundar encomiendas, porque no aporta ganancias al Estado, y defiende el que denomina sistema *laico*. Las modalidades de éste varían, pero su objetivo es establecer poblados a costa del encomendero, quien procura atraerse, por el regalo o la astucia, a los indios, y crear riqueza sin abusar del trabajo de los indígenas, a los que no podía vender, maltratar ni despedir; los debía vestir, alimentar, cuidar, instruir, convertir al cristianismo y enseñar un oficio, y estos indios anualmente



*Procesión de indios mocabíes en la reducción de San Javier de Paraguay, detalle de un dibujo del jesuita F. Paucke, hacia 1750 (Museo Etnográfico de Asunción)*

podían presentar sus quejas —teóricamente, al menos— en la revisión preceptiva. Como siempre, le obsesiona la exactitud y puntualiza que «los españoles emplearon con respecto a los indios que describo una conducta distinta de la observada en otras partes de América; y como hago una descripción particular, que no quiero generalizar, me limitaré a exponer los medios empleados para reducir los indios en los límites de la región de que me ocupo».

Las encomiendas llamadas *mitayos* eran mayoritarias; en ellas, el encomendero mantenía en su territorio a hombres y mujeres durante todo el año, pero los indios preferían las encomiendas *yanaconas*, donde los hombres entre los dieciocho y los cincuenta años servían por turno, durante dos meses al año, al encomendero y el resto del tiempo eran libres y exactamente iguales a los españoles. Martínez Irala reglamentó que la encomienda sólo pasara del padre al hijo, y quedase abolida ya en la tercera generación, momento en el que trabajaban libres los indios y los españoles, sin más deber que pagar un tributo al Tesoro. De esta normativa escribe Azara: «A mi modo de ver, era imposible combinar mejor el engrandecimiento de las conquistas y la civilización y la libertad de los indios con la recompensa debida a los particulares, que lo hacían todo a sus expensas».

## AD MAIOREM DEI GLORIAM



Las fundaciones de la Compañía de Jesús no se asentaban en tierras ricas, pero sus indígenas eran codiciados por los esclavistas ingleses, por sus aliados portugueses y por los mercenarios, que obtenían suculentos beneficios de mercadear con seres humanos. Las reducciones rompían el esquema señorial y, al oponer un sistema comunitario de trabajo, se atraían las sospechas de un poder civil celoso de esta nueva forma de dominio en la que se erradicaba la propiedad privada. En las misiones, los indígenas disfrutaban de mayor protección ante los requerimientos de mano de obra de los encomenderos y frente a los ataques de los esclavistas portugueses de Sao Paulo; la extraterritorialidad de la jurisdicción eclesiástica, además, defendía a los indios del poder civil. A esto hay que sumar que la potencia de la Compañía de Jesús despertaba muchas suspicacias y que en Europa se rechazaba un modo de producción ajeno al lucro individual. Se llegó a hablar de que había establecido un imperio propio en el Paraguay, y hasta de un mítico emperador, Nicolás I, sobre el que incluso se escribió una novelita: *Historia de Nicolás I, rey del Paraguay y emperador de los mamelucos*.

El conflicto entre la Corona y la Compañía de Jesús, que no fue exclusivo de España, fue un enfrentamiento de



*Ruinas de la iglesia de San Miguel, en una de las reducciones jesuíticas en el Paraguay, según grabado de d'Hastarel*

poderes enraizado en la cuestión de las terrenalidades. El rey defendía sus regalías y luchaba por mantener su jurisdicción sobre todos sus territorios.

La expulsión de los jesuitas dejó inerme a la población autóctona, ya muy disminuida en las fechas del viaje de Azara. Don Félix no pasó por alto este detalle pero, crítico con la Compañía —si bien en menor medida que su hermano José Nicolás—, observa que los miembros de esa orden, aunque ciertamente protegieron a los indios, no les enseñaron a protegerse; crearon hermosos poblados con monumentales edificios, pero no fomentaron la afición al trabajo que produce beneficio a la persona y utilidades

al Estado, ni generaron riqueza. Azara es un regalista reformista que defiende la importancia del impulso individual para la creación de un Estado moderno, y cree que sólo las instituciones estatales ilustradas pueden garantizar la seguridad y el bien común. La raíz de su crítica al específico sistema jesuítico comunitario se fundamenta en la ausencia de competitividad de las reducciones y en su opinión contraria al método eclesiástico, en general, y a ese “colectivismo” *avant la lettre*.

Hasta que Azara escribió sus notas, ningún científico se había preocupado de estudiar, *in situ* y sin prejuicios, a estos indígenas y las verdaderas relaciones que mantenían con los europeos. Azara resulta un etnólogo pionero bastante sistemático. En sus apuntes habla del rito del barbote (pequeño cilindro que se incrusta en el labio inferior), de la costumbre de los *pampas* de comer caballos cimarrones, de la peculiar coquetería de cada grupo de indias, de la costumbre de las indias *mbayás* y *guaicurús* de hacer abortar a las jóvenes en su primer embarazo golpeándoles el vientre, de los peinados y del aseo, o hallamos el listado completo de las ciudades, villas, pueblos y parroquias de las zonas de Paraguay y Buenos Aires, con sus nombres y datos: el año de fundación, grados de latitud y longitud y número de habitantes. Las páginas de sus notas, informes y *Viajes* conforman un tratado de etnología con referencia de lugares recorridos y ríos navegados, así como el primer censo completo de villas y pobladores.

## TRABAJOS DE COLONIZACIÓN



Los grandes hacendados de la llamada Banda (esto es, ribera o margen) Oriental —el futuro Uruguay— se opusieron a los repartos de tierras que Azara propugnaba para asentar nuevas poblaciones en diferentes zonas, especialmente en las fronterizas. Don Félix no podía averiguar los límites exactos de las posesiones que los terratenientes *pretendían tener* porque el virrey le había prohibido consultar los archivos de Asunción, y lidiaba como podía contra el inveterado y deliberado caos administrativo en el que se perdían escrituras y documentos, protocolos, expedientes, pleitos y legajos varios referidos a las partes del territorio que estaban en enmarañado litigio, a causa de los innumerables procesos de testamentería, modificaciones, compras, transmisiones, modificación de límites (privados o políticos), donaciones, etc. Desentrañar aquel jergífico era labor imposible, máxime si quienes debían ayudarle eran los más interesados en no hacerlo. El pragmático Azara optó por lo posible: «llegar a acuerdos» entre caballeros y pactar compensaciones razonables con los dueños de las tierras, por más que le constara que tal arreglo beneficiaba a defraudadores egoístas.

Para recolocar a los campesinos, Azara y su colaborador Cerviño debían redistribuir espacios yermos que pertene-



cían a los grandes terratenientes, quienes batallaban por evitar la instalación de pequeños propietarios y así garantizarse su posesión en exclusiva. Aquí es donde el problema de la fijación de límites entra en cuestión, pues Azara y sus compañeros tienen que medir el territorio, todas las propiedades, y analizar las fechas de su compra, herencia y otras transacciones, al objeto de certificar a quién pertenecen, su delimitación exacta y, sobre todo, de cuándo data la propiedad o sus posibles ampliaciones; todo ello, para determinar si se hallan —totalmente o no— en terreno español, ya que los límites variaron según los tratados.

La documentación, dice Azara, «está en el mayor desorden, con todo pude utilizar algo, hasta que se llegaron a conocer mis ideas y se desbarataron con frívolos pretextos, quitando la llave del Archivo a D. Antonio de Zabala». Los más poderosos conspiran contra la misión de Azara sin que sus protestas y denuncias a la Corte impresionen a los gobernantes implicados.

Don Félix escribe a Lastarría, el 2 de enero de 1801, sobre sus dificultades para poblar los nuevos territorios: mientras los portugueses, dice, «han reunido todas sus milicias y tropa del Río Pardo, y que las están ejercitando, no sé si para meterme miedo o porque me temen», él sólo dispone de «20 ó 25 hombres, y no los hay en la frontera, porque antes de llegar yo a ella sacaron 200 para ir contra los Minuanes». A esta descoordinación y este abandono en el

aspecto táctico, se unen el desorden y los abusos, coligados para que no pueda hacerse con los papeles que precisa. Así lo explica:

«Cada día descubro lo que parece increíble. Hay pobladores con títulos legítimos ó que lo parecen, pero que quieren extender sus pertenencias y las extienden, muchos, más allá de lo justo. Creo que de esta especie sea don Francisco García. Los hay con títulos de Real Hacienda, pero que no han poblado los territorios como corresponde y mandan las leyes. Los hay que denunciaron tierras señalando linderos, por ejemplo, de diez leguas de tal a tal arroyo, donde hay ciento, y como en aquel tiempo no había idea de los campos, los remataron sin opositor, pero con fraude tan escandaloso que no se les pudo ocultar.

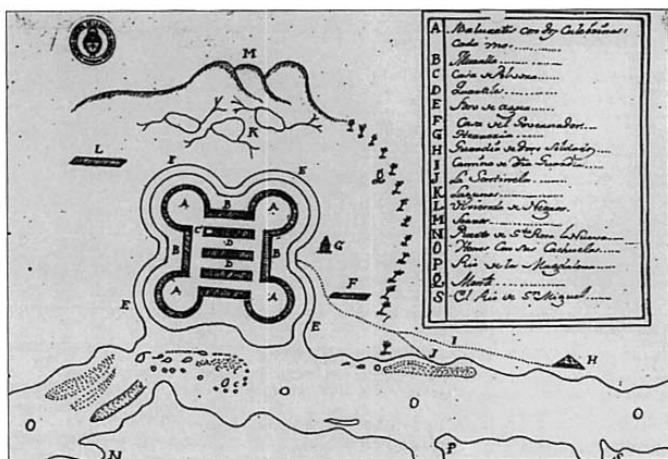
Muchos de estos han vendido grandes extensiones quedándose con lo que les ha parecido. Otros poseen en virtud de compra y formal escritura; pero el vendedor es supuesto ó carece de legítimo derecho para la enajenación. Otros se establecieron arbitrariamente, sin título, porque su pobreza no permitía correr los dilatados trámites y graves costos. Otros denunciaron y viendo la dilación, costos y diligencia del remate, se establecieron sin título con sólo haberlas denunciado. En este caso está Quadra, que sin título ni otra cosa que la denuncia atropella a todo el mundo, aburréndolo con pleitos y persecuciones y teniendo la tierra casi despoblada, siendo el centro de muchos latrocinios. Algunos, con la simple denuncia, han vendido a otros las tierras antes de poblarlas, y los compradores a otros».

Le escandaliza que los hacendados no se cuiden de la vida moral de sus trabajadores y criados, que no les den instrucción religiosa y vean como algo normal la violencia, la miseria espiritual, la incultura y la barbarie de sus costumbres. Azara cree que si las haciendas contaran con sacerdotes cambiarían los hábitos de vida de estos seres abandonados, porque recibirían las enseñanzas que garantizan el nacimiento de las ideas en que se basa la conciencia de dignidad y de virtud. Este solapamiento de religión con moralidad y con dignidad es muy propio de los ilustrados, incluso de los agnósticos o deístas como Voltaire, quien prefería que su lacayo o su suministrador creyeran en Dios, por que pensaba que así le robarían menos.

En 1793, tras muchos empeños por delimitar el punto exacto de las fronteras, ve el fruto de su trabajo por la Real Resolución que establece que los límites debían seguir el curso de los ríos Yaguarey y Corrientes.

Al año siguiente, Azara vivió agudamente su conflicto frente a los intereses coligados de los portugueses y el gobernador del Paraguay, Joaquín de Alós, hombre que ya había tenido problemas por malversación cuando era corregidor de Chayanta, en Perú, y a quien el tiempo consolidó en sus aficiones: en 1790 recibió fabulosos regalos del gobernador portugués de Matto Grosso, que era, precisamente, quien se estaba encargando de poblar las tierras de las zonas en litigio. Temeroso Alós de que Azara recopi-

lara pruebas contra él, y celoso de sus trabajos, no sólo le cerró el acceso a los archivos municipales, sino que se incautó, además, de todos los papeles, mapas y notas del aragonés, y parece que “secuestró” el título de Ciudadano de Honor de Asunción que había recibido. Pero si Alós y su colaborador, Arredondo, dificultaron sus empresas, otros se rindieron a la rectitud moral y sabiduría de don Félix. Fue el caso del Marqués de Avilés o el de su ayudante, el criollo Miguel de Lastarría, a quien un proceso inqui-



Plano de la Concepción, fuerte de campaña en la zona fronteriza de Moxos; Azara participó en Río de la Plata en la construcción de fortificaciones similares y en proyectos hidráulicos

sitorial expulsó de la Universidad de San Felipe, en Chile, por enseñar las doctrinas del iusnaturalista Pufendorf; y también, el de don Pedro Melo de Portugal, su protector como gobernador de Asunción durante la estancia allí del oscene en 1784, y como virrey de Buenos Aires en 1795.

Hasta 1796 vivió Azara en la provincia del Paraguay, en la depresión que forman el río Paraná y el Paraguay antes de confluír, y, como él cuenta en su *Geografía física y esférica*, que no se editó hasta 1904: «Vi que lo que convenía a mi profesión y circunstancias era acopiar elementos para hacer una buena carta, sin omitir lo que pudiese ilustrar la geografía física, la historia natural de las aves y los cuadrúpedos, y finalmente lo que pudiera conducir al perfecto conocimiento del país y sus habitantes». Sus desplazamientos lo llevan hasta la demarcación de la ciudad de Corrientes y a las misiones que fueron de los jesuitas. Azara comprueba que los vacíos territorios españoles de la periferia de Paraguay habían sido ocupados por colonos portugueses, mejor provistos de útiles de trabajo y de defensa, y comprende que ni se puede dejar despoblada la frontera ni podían vivir los españoles en zonas alejadas de los asentamientos dotados de sistemas de protección suficientes. Sobre el equipamiento de los habitantes de las tierras de España, observa con pena que «los instrumentos son imperfectos y escasos, y en Paraguay no usan el fierro para la labor, sino los omoplatos de vaca por azadas». Los productos del campo no se pueden exportar a Europa, por

la carestía de los transportes, y la inexistencia de caminos viables dificulta la salida al mercado interior. También es muy consciente de que la colonización no puede tener un modelo fijo y de que la forma de poblar la zona de Buenos Aires no puede ser la misma que la de la parte del Paraguay.

Comprende que las viejas malquerencias entre agricultores y ganaderos se deben al choque de dos sistemas diferentes de entender la posesión de la tierra, pues el ganadero suele ser propietario que guarda su rebaño con poca mano de obra y limitado esfuerzo, mientras el agricultor, peón asalariado del terrateniente, no es dueño de la tierra y sus utensilios suelen ser escasos y obsoletos. Las ideas de Belgrano y Vieytes, que ven en la agricultura riqueza y un remedio del ocio, tienen muchos enemigos...

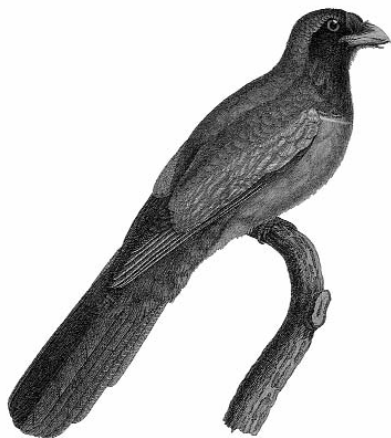
Azara, buen patriota, pero no nacionalista, invita a indios y portugueses a poblar las nuevas tierras fronterizas rioplatenses, sin más condición que trabajar y vivir en paz, pues él no pretende hacer del colono un defensor de la frontera, ya que si el poblador ha de atender a los ataques desatenderá las tierras y los rebaños, con lo que en breve se perdería lo ganado. Piensa que la policía y la milicia deben ser cuerpos fijos situados cerca de las poblaciones fronterizas, para que el militar que las defiende no actúe en un desierto y el colono que las puebla esté protegido y pueda prosperar. Azara anota y opina.

## AVES, CUADRÚPEDOS Y OTRAS ANIMALIAS



A pesar de la carencia de medios (bibliográficos, iconográficos, documentales...) y de la falta de preparación, don Félix, durante los viajes, lo observa todo, recoge restos fósiles, toma muestras vivas, dibuja y escribe. Estudia la fauna autóctona, aves y cuadrúpedos, pero su mayor problema es que de los animales específicamente americanos sólo conoce el nombre indio, no el latino. Tras muchas reflexiones, ideó un sistema clasificatorio pariente del de Linneo y agrupó los pájaros a partir de la morfología del pico, las patas y las alas.

Observaba a los animales, las diferencias entre macho y hembra, el color, las medidas; iba guardando ejemplares de los que podía transportar y se interesaba por el estudio de los fósiles o restos de animales que encontraba. Conservaba los pájaros en frascos con alcohol para que resistieran la duración del viaje, y hacía una ficha y dibujos de su anatomía y de su comportamiento en tierra y durante el vuelo. A la par, iba recopilando datos sobre los cuadrúpedos, en los que comprobó los cambios de color del pelo, y las modificaciones anatómicas habidas con respecto a los caracteres de los que habían llevado los españoles; y lo hacía no por individuos aislados, sino con la especie.



*Surucuá (Trogon curucui), ilustración de los Voyages dans L'Amérique Méridionale (1808)*

Le preocupaba no conocer la obra de Buffon y no descansó hasta hacerse con un ejemplar, que le llegó a Buenos Aires en 1796. Para esa fecha, ya tenía resueltos los problemas de clasificación y redactados los tres volúmenes de los *Apuntamientos para la historia natural de los pájaros del Paraguay y del Río de la Plata*, que se editaron entre 1802 y 1805, y estaba muy avanzado el estudio de lo que serían los *Apun-*

*tamientos para la historia natural de los cuadrúpedos del Paraguay y del Río de la Plata*, publicados, en dos tomos, en 1802. Azara comprobó que el sabio francés no conocía muchas de las especies americanas que describe, porque no las ha visto en su hábitat natural, y las que conoce le han llegado mal conservadas. Por eso, se atreve a discrepar del ilustrado autor de la *Historia natural* en aquellos puntos en que su experiencia es superior y más fiable.

Durante su estancia en Paraguay, tuvo la ayuda y el consejo del estudioso de la naturaleza Blas de Noceda, que fue sacerdote en la antigua misión jesuítica de San Igna-



cio Guazú de 1784 a 1800 y que mantenía un pequeño zoo doméstico con tatús. También le ayudó el naturalista Antonio de Pineda, cuya muerte en Manila el 21 de junio de 1792 le privó de la transcripción de la clasificación de Linneo que estaba haciendo para adecuar los nombres indios, que manejaba Azara, a la terminología latina linneana. Éste fue uno de los obstáculos con que tropezaron los *Apuntamientos para la historia natural de los pájaros del Paraguay y del Río de la Plata*, enviados a Floridablanca en 1789, con sus notas y 409 pájaros conservados en frascos con alcohol (sabemos la cifra exacta porque la escribió al naturalista Antonio de Pineda).

El Conde remitió la obra a Clavijo y Fajardo, vicedirector del Real Gabinete de Historia Natural, quien desde 1785 estaba traduciendo la obra de Buffon, en 24 volúmenes, que concluyó en 1804. La falta de conocimientos impidió a Clavijo aquilatar el valor científico de las diferencias y divergencias que existían entre la obra del aragonés y la del sabio francés y pronunciar un juicio crítico imparcial. Optó por desestimar los escritos del *naturalista aficionado*. Cavanilles hubiera podido apreciar la originalidad de los estudios de Azara, pero no fue consultado. Como nadie del Real Gabinete estaba, en aquel momento, en condiciones de valorar su obra, la falta de sintonía entre las conclusiones de Azara y los estudios de Buffon fue decisiva para rechazar el trabajo del oscense. Al evaluar tal proceder, no se debe olvidar el gran prestigio de que entre los naturalis-



*París hacia 1780, según grabado de Livens*

tas europeos gozaba el autor francés y el nulo conocimiento que se tenía acerca de la naturaleza americana.

Andando los años, cuando Azara envió a José Nicolás, embajador ante la Corte francesa, sus trabajos sobre los pájaros y los cuadrúpedos, éstos fueron presentados en el prestigioso Museo de las Ciencias de París, reprimado por la Convención... Pero, de nuevo, se cruzó la adversidad: no contaron con el equipo de naturalistas de Proust, y ya había caído en desgracia Lamarck, que sí hubiera podido juzgar aquella obra. Hizo el informe el sabio oficial, Cuvier, que no supo ver en Azara más que un notable observador de curiosidades; con ese título se presentaron y editaron sus obras en Francia... Y no fue poco.

## BUFFON, AZARA, DARWIN

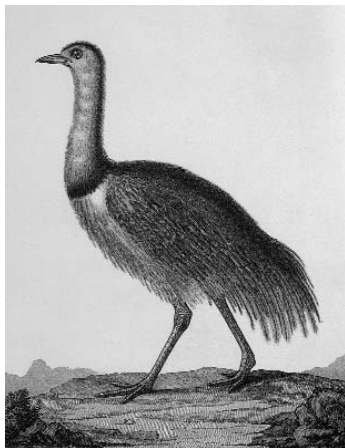
Un gran estudioso de Azara, Olivier Baulny, tituló así su erudito libro: *Felix de Azara. Un aragonais précurseur de Darwin*. Y algo lleva el agua cuando la bendicen, pues mientras Buffon y los naturalistas habían considerado que la evolución de las especies era un proceso de pérdida de los caracteres originales y, por ende, un cambio degenerativo, Azara concluye que en la naturaleza se opera una labor de selección natural y de lucha por la vida, de lo que resultan sucesivas “adaptaciones” evolutivas de orden interno, endógeno, que modifican la especie.

Fue necesario el viaje de Darwin, unas décadas más tarde, para que otro europeo sin prejuicios, al observar directamente la naturaleza, coincidiera con Azara en sus apreciaciones sobre la evolución y corrigiera las ideas precedentes. Azara, falto de preparación específica, ignorante de clasificaciones, sistemas y terminologías, no funda una teoría susceptible de explicar el sistema evolutivo, pero se acerca al concepto de herencia que formuló la ciencia del siglo XIX y suministra ejemplos que contradicen la doctrina oficial. Los datos que aporta son tantos y están tan científica y minuciosamente expuestos y estudiados que no dejan dudar de su fiabilidad. Darwin plantea de manera explícita y elaborando una fundamentación teórica lo que los ejemplos de Azara ya demostraban. Hasta que se divulgó la obra de Darwin, los libros de Azara no pudieron ser valo-



rados en su grandeza, ni se pudo comprender lo que sus estudios tenían de críticos, independientes y precursores.

Entre sus conclusiones científicas está la idea de que la creación es una obra divina que combina dos métodos: la «creación simultánea de una pluralidad de parejas de cada especie» y la «creación sucesiva de una pareja de cada especie». Rechaza, pues, la *necesidad* de la migración para explicar la presencia de animales idénticos en ambos mundos y justifica, asimismo, la existencia de distintas especies según los continentes.



*Gallita* (Familia Rhynchocryptidae) y *Nandú* (*Rhea americana*), ilustraciones de *Voyages dans L'Amérique Méridionale* (1808)

## ¡EUROPA, EUROPA!



**A**ntes de abandonar América, Azara ve la parcial destrucción de su obra colonizadora por las incursiones portuguesas al norte de la Banda Oriental. En San Gabriel de Batoví lucha el aragonés de origen José Gervasio Artigas, ayudante de Azara, nieto del fundador de Montevideo, Ayudante Mayor del Cuerpo de Blandengues y futuro libertador de Uruguay.

A finales de 1801 llega a Málaga; quedan atrás años de lucha y estudio, de soledad, sinsabores y cansancio. Quedan funcionarios corruptos, esclavistas y contrabandistas de carne ahumada y en salazón, de tabaco y de ovejas merinas, como Tomás Antonio Romero y Duval. Atrás quedó también la derrota de la sublevación de Tupac Amaru y un mundo en efervescencia y crisis, cuya unión con España tenía los días contados. Azara, tras presentar sus respetos en la Corte y entregar los informes de rigor, marchó a Barbuñales. Ya se han publicado sus *Essais sur l'histoire naturelle des quadrupèdes de la province du Paraguay* gracias a José Nicolás, embajador en Francia.

España está en manos de la reacción, del poder despótico de Manuel Godoy, y roída por el desorden de las querrelas domésticas que embrutece la Corte de Carlos IV. Y asomaba la bota invasora napoleónica.

Va a París en 1802. Allí su hermano fue el confidente, valedor y amigo que intentó mitigar los desengaños y pretericiones de tantos años. Lo presentó a las sociedades científicas y vio publicar sus *Apuntamientos para la historia natural de los pájaros [sic] del Paraguay y del Río de la Plata —Essais sur l’histoire naturelle des oiseaux de la province du Paraguay—* en aquel mismo año; en 1803 lo recibieron, protegido por Napoleón, en el Museo de Historia Natural.

José Nicolás debió de ser buen consejero para Félix pues, como buen estoico, sabía de la veleidad de las cosas del mundo, de las que en 1801 escribía al impresor Bodoni: «Veo pasar ante mis ojos los destinos de los pueblos y las naciones con la rapidez y ligereza con que pasan las imágenes en la linterna mágica». Este fascinante hombre de acerada inteligencia, que frenó el “Saco de Roma” por las tropas napoleónicas y al que la Ciudad Eterna, agradecida, acuñó una medalla votiva para, luego, pasar a denostarlo y perseguirlo, vivió grandes pasiones y en noviembre de 1803 vio llegar a su vieja amiga la princesa de Santacroce, Julia Falconiere, con la pretensión de que la declarara heredera universal y testara a su favor... Esta “mujer internacional”, al decir de don Félix, pasó de llamarse en los salones monárquicos “Madame Bourbon” a ser conocida como “Madame République”; la acompañaba una niña, asaz parecida a José Nicolás. La intervención de Félix zanjó el asunto ofertando una compensación económica que la

Falconiere terminó por aceptar. El 26 de enero de 1804 fallece el marqués de Nibbiano, y Félix queda a cura de organizar el traslado de los restos de su hermano, desde la capital de Francia al panteón familiar de la iglesia de Barbuñales.

Don Félix rechazó el cargo de Virrey de México, pero aceptó ser miembro de la Junta de Fortificaciones y todavía escribió algunos informes sobre los indios guaraníes y tapes en 1806. Desde su regreso a España, menudeó la correspondencia con los editores y científicos que trabajaban para publicar su obra, sobre la que repetidamente pedía críticas y opiniones, con el fin de poder corregir aquello que estuviera equivocado. Entre sus correspondientes están D'Alembert, Saint-Hilaire, Lacepède, Magallón y Pauw. Volvió a trabajar para la Real Sociedad Económica Aragonesa de Amigos del País, con informes sobre *Las pardinias del Alto Aragón* y

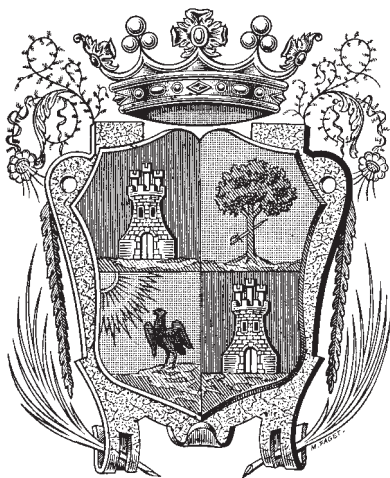


*Los restos del caballero José Nicolás de Azara, traídos desde París, reposan en la iglesia de Barbuñales (Foto: J. L. Capalvo)*

*Los olivos de Alquézar y sus aldeas.* En 1808, con la francesa, abandonó definitivamente Madrid para vivir en Barbuñales con Francisco Antonio, su único hermano vivo.

Pese a su relación con Napoleón y a la admiración que tuvo por su obra modernizadora, no pudo sufrir el ver la invasión de su patria por el ejército extranjero, su expolio y la persecución y asesinato de muchos de sus paisanos: Azara ofreció sus servicios y dinero a Palafox, por cuyo motivo sus tierras fueron invadidas y él hubo de huir

a Barbastro, a casa de unos conocidos. Celebró, como tantos españoles, la llegada de Fernando VII y escribió un discurso con ocasión de su paso por Zaragoza. Y como tantos españoles, pronto se decepcionó al comprobar la vesania y el absolutismo del indigno rey; por eso no aceptó la recién creada Orden Americana de Isabel la Católica. Entre tanto, el antiguo imperio americano se subleva, desmembra e



*Armas de los Azara*



independiza y el gobierno de la metrópoli, una vez más, no sabe estar a la altura de los nuevos y liberalizadores tiempos. Azara alcanza a ver cómo se venden las Floridas a Estados Unidos, el decreto de “guerra a muerte” de Bolívar, la emancipación de Colombia y el Plan de Iguala con la independencia de México y las tierras de Centroamérica... Allí quedó lo que restaba de sus afanes. Pero su obra más importante, la escrita, la hecha con la razón, el sentimiento y el trabajo, quedaba impresa y entre sus notas para todos los hombres del futuro.

En 1820, Huesca lo nombra regidor para ocupar el puesto del recién fallecido Francisco Antonio. Azara vive con su sobrino Agustín hasta el 20 de octubre de 1821, en que muere a consecuencia de una pulmonía. Fue enterrado en la capilla de los Lastanosa de la catedral de Huesca.

Veintiséis años después de su muerte, en 1847, Agustín de Azara publicó, para honrar la memoria de su ilustre tío, la *Descripción e historia del Paraguay y del Río de la Plata*, en dos volúmenes, y una *Memoria sobre el estado rural del Río de la Plata, 1801; demarcaciones de límites entre el Brasil y el Paraguay a último del siglo XVIII, e informes sobre varios particulares de la América meridional española*. Don Félix hubiera censurado la manipulación que de sus notas hizo el sobrino y la falta de rigor de la edición.

Varias ciudades han erigido estatuas a su memoria: Barcelona, Zaragoza, Huesca, Montevideo, Buenos Aires,

Asunción. De su figura quedan grabados y un hermoso retrato pintado por Goya: lleva el vistoso uniforme de ingeniero, el rostro revela bondad, reflexión, solemnidad. A su lado, sobre una mesa de trabajo, los tres volúmenes de

la *Historia de los pájaros* y al fondo, en unos anaqueles, varios ejemplares de aves y mamíferos americanos que Goya pintó sirviéndose de los dibujos del propio Azara.



*Reposo final de D. Félix de Azara en la capilla de los Lastanosa de la Seo de Huesca (Foto: O. Baulny)*

La espada y el bastón de mando militar completan la iconografía alegórica de este noble aragonés y noble ser humano que fue un erasmista, abrazó la razón como guía de sus actos, vivió con decoro y fue un sabio humilde y tenaz, que nunca opinó sin fundamento, que estudió a otros sabios y supo corregirlos allí donde el estudio empírico le demostró que era necesario matizar, corregir o no aceptar saberes tenidos por ciertos.

(Zaragoza, 1 de mayo de 2000)

## RELACIÓN DE LAS OBRAS IMPRESAS DE FÉLIX DE AZARA



En el texto precedente se relacionan las obras originales con indicación del lugar y fecha de edición.

- *Apuntamientos para la historia natural de los cuadrúpedos del Paraguay y del Río de la Plata*
- *Apuntamientos para la historia natural de los pájaros del Paraguay y del Río de la Plata*
- *Viajes por la América Meridional*. Traducidos del francés en 1923 por F. de las Barras de Aragón
- *Informe sobre el gobierno y libertad de los indios guaraníes y tapes de la provincia del Paraguay*
- *Diario de navegación del Tebicuray*
- *Geografía física y esférica de las provincias del Paraguay y Misiones guaraníes*
- *Descripción e historia del Paraguay y del Río de la Plata*
- *Memoria sobre el estado rural del Río de la Plata, 1801; demarcaciones de límites entre el Brasil y el Paraguay a último del siglo XVIII*.
- *Viajes a los pueblos del Paraguay, de Buenos Aires a Corrientes; pájaros del Paraguay*. Editado por B. Mitre como *Viajes inéditos de don Félix de Azara desde Santa Fé a la Asunción, al interior del Paraguay y a los pueblos de misiones*
- *Reflexiones económico políticas sobre el estado del Reino de Aragón*
- *Las pardinas del Alto Aragón*
- *Los olivos de Alquézar y sus aldeas*

## SELECCIÓN BIBLIOGRÁFICA



**L**a mayor parte de la bibliografía sobre Félix de Azara se encuentra en estudios publicados en revistas especializadas, extranjeras o españolas, de escasa difusión, o en libros de editoriales minoritarias y de reducida tirada que, además, están agotados. Los escritos del mejor conocedor de su obra, Olivier Baulny, son difíciles de encontrar, incluso en bibliotecas universitarias. Una excelente aproximación de conjunto ofrece el libro colectivo que encabeza Alfageme; Torrens hace una buena presentación de los trabajos del Azara geógrafo, si bien no puede incluir los mapas inéditos y desconocidos, de los que en este estudio se da noticia.

No existe el estudio completo, suficientemente extenso y sistemático sobre el personaje; las muchas aportaciones científicas de su rica y compleja obra exigen que cualquier aproximación a su estudio se haga por parte de un equipo investigador pluridisciplinar que analice la obra impresa y cuide la publicación de la que todavía permanece inédita. El volumen de la empresa probablemente excede las posibilidades económicas de las editoriales al uso y, hasta la fecha, ninguna institución se ha hecho cargo de patrocinar tal investigación.

Sobre Azara abunda literatura de divulgación, la mayoría escasamente rigurosa, que desconoce el abecé de lo que significa el siglo XVIII y la obra del oscense. Y no faltan libros ditirámbicos, más o menos caóticos, escritos por *amateurs* o admiradores.

ALBIAC BLANCO, María-Dolores: «Félix de Azara, *inventor* del Río de la Plata», en *Aragón en el mundo*, Zaragoza, CAI, 1988, pp. 277-289. [Artículo sobre los ejes de las ideas ilustradas de Azara y lo esencial de sus descubrimientos científicos].

ALFAGEME, C. *et alii*: *Félix de Azara, ingeniero y naturalista del siglo XVIII*, Huesca, IEA, 1987. [Libro de divulgación científica, muy riguroso, escrito por un equipo de estudiosos que ponen en relación los conocimientos y descubrimientos de Azara con los usuales en su tiempo y con la posterior evolución de las ciencias que él estudió].

BAULNY, Olivier: *Félix de Azara. Un aragonais précurseur de Darwin*, Pau, Marrimpuey Jeune, 1968. [Todavía hoy es el mejor —aunque breve— libro de conjunto. Ofrece referencias sobre la vida de Azara en América que no se hallan en sus escritos; el autor ha consultado archivos conservados en Uruguay, Paraguay y Argentina. Suministra datos y orientación sobre las fuentes documentales a los estudios posteriores].

— «Félix de Azara, una vida ejemplar». Zaragoza, s. e., 1968.

— «Le Paraguay de Félix de Azara», en *Bulletin de la Faculté des Lettres de Strasbourg*, 47<sup>e</sup> année, n<sup>o</sup> 9 (1969), pp. 519-536. [El artículo ofrece pocas novedades sobre de Azara en Paraguay, con respecto al libro anterior; pero son nuevos y significativos las cartas y documentos reproducidos y comentados].

— «Félix de Azara. Un naturaliste aragonais», en *Sciences, lettres et arts de Pau*, 4<sup>a</sup> série, t. VI, (1971), pp. 175-195. [Nueva presentación de las noticias relacionadas con su obra científica, dispersas por los capítulos del libro].

— «La colonización de la Banda Oriental vista a través del epistolario de Félix de Azara. (Cartas inéditas a Miguel de Lastarria)»,

- en *Investigaciones y ensayos*, nº 10, Academia Nacional de la Historia de Buenos Aires, 1971. pp. 239-263.
- «Los viajes americanos de Félix de Azara». *Actas del II Congreso Internacional de Historia Militar*, Zaragoza, 1988.
- *La carrera americana de Félix de Azara (1742-1821)*. DGA - Comisión Aragonesa del V Centenario, “Aragón-América”, Zaragoza, 1991.
- FERNÁNDEZ PÉREZ, J.: Estudio introductorio a la ed. facsímil de los *Apuntamientos para la Historia Natural de los Pájaros del Paraguay y del Río de la Plata*, de F. de AZARA. CICYT, Madrid, 1992.
- OCAMPOS CABALLERO, A.: *La conquista científica de Azara en el Paraguay. Su fascinación y respeto hacia la naturaleza*, Huesca, IEA, 1999. [Libro de divulgación donde se solapan datos, curiosidades y elogios, sin la deseable contextualización y sin referencia documental o nota a los textos aducidos].
- PIÑERA Y RIVAS, A. de la: *El brigadier de la Real Armada e ingeniero militar don Félix de Azara y Perera. Breve noticia histórica de su vida*, Madrid, Asamblea Amistosa y Literaria, 1972. [Trabajo admirativo que aporta alguna novedad sobre los datos mayoritariamente conocidos acerca de su vida y obra].
- TORRENS, F.: «La aportación de Félix de Azara al conocimiento geográfico de la América meridional en el siglo XVIII», en *Revista Geográfica*, vols. XII-XIII, (1979). [Trabajo de investigación sobre la contribución de Azara al conocimiento geográfico de la zona rioplatense. Riguroso e interesante. No pudo contar con los documentos manuscritos (todavía inéditos) que se citan en nuestro libro, por ser desconocidos cuando se realizó el estudio].



51. **La flora de Aragón** • Pedro Montserrat
52. **El Carnaval en Aragón** • Equipo de Redacción CAI100
53. **Arqueología industrial en Aragón** • J. Laborda, P. Biel y J. Jiménez
54. **Los godos en Aragón** • M<sup>a</sup> Victoria Escribano Paño
55. **Santiago Ramón y Cajal** • Santiago Ramón y Cajal Junquera
56. **El arte rupestre en Aragón** • M<sup>a</sup> Pilar Utrilla Miranda
57. **Los ferrocarriles en Aragón** • Santiago Parra de Mas
58. **La Semana Santa en Aragón** • Equipo de Redacción CAI100
59. **San Jorge** • Equipo de Redacción CAI100
60. **Los Sitios. Zaragoza en la Guerra de la Independencia (1808-1809)** • Herminio Lafoz
61. **Los compositores aragoneses** • José Ignacio Palacios
62. **Los primeros cristianos en Aragón** • Francisco Beltrán
63. **El Estatuto de Autonomía de Aragón** • José Bermejo Vera
64. **El Rey de Aragón** • Domingo Buesa Conde
65. **Las catedrales en Aragón** • Equipo de Redacción CAI100
66. **La Diputación del Reino de Aragón** • José Antonio Armillas
67. **Miguel Servet. Sabio, hereje, mártir** • Ángel Alcalá
68. **Los juegos tradicionales en Aragón** • José Luis Acín Fanlo
69. **La Campana de Huesca** • Carlos Laliena
70. **El sistema financiero en Aragón** • Área de Planificación y Estudios - CAI
71. **Miguel de Molinos** • Jorge Ayala
72. **El sistema productivo en Aragón** • Departamento de Economía - CREA
73. **El Justicia de Aragón** • Luis González Antón

74. **Roldán en Zaragoza** • Carlos Alvar
75. **La ganadería aragonesa y sus productos de calidad** • Isidro Sierra
76. **La fauna de Aragón** • César Pedrocchi Renault
77. **Opel España** • Antonio Aznar y M<sup>a</sup> Teresa Aparicio
78. **La Feria de Muestras de Zaragoza** • Javier Rico Gambarte
79. **La jota aragonesa** • Javier Barreiro
80. **Los humedales en Aragón** • Jorge Abad y José Luis Burrel
81. **Los iberos en Aragón** • Francisco Burillo
82. **La salud en Aragón** • Luis I. Gómez López
83. **Félix de Azara** • María-Dolores Albiac Blanco



84. **Las iglesias de Serrablo** • Equipo de Redacción CAI100
85. **La nieve en Aragón** • Salvador Domingo
86. **El aceite de oliva en Aragón** • Ángel Bonilla y Miguel Lorente
87. **El cuento oriental en Aragón** • M<sup>a</sup> Jesús Lacarra
88. **Los Fueros de Aragón** • Javier Delgado y M<sup>a</sup> Carmen Bayod
89. **Aragón y los Fondos Europeos** • Elías Maza
90. **Las lenguas de Aragón** • M<sup>a</sup> A. Martín Zorraquino y José M<sup>a</sup> Enguita
91. **Cómo Teruel fue ciudad** • Equipo de Redacción CAI100
92. **Benjamín Jarnés** • José-Carlos Mainer
93. **José de Calasanz** • Asunción Urgel
94. **La imprenta en Aragón** • Miguel Ángel Pallarés
95. **La energía. Usos y aplicaciones en Aragón** • Departamento de Economía - CREA